

HARTZENBUSCH, JUAN EUGENIO (1806 – 1880)

ALFONSO EL CASTO

PERSONAS:

ALFONSO, llamado después el Casto.

JIMENA

SANCHO

ORDOÑO

BERNARDA

SILO

LUPO

TOIDA

NEFTALÍ

UN PLATERO

UN ESPADERO

UN ENTALLADOR

SOLDADOS

ESCLAVOS

ESCLAVAS

DUEÑAS

PAJES

La escena en el acto primero es en un valle de Galicia poco distante del monasterio de Samos (anteriormente Sámanos); el segundo acto y el último pasan en Oviedo.

La acción es en el año 792.

ACTO PRIMERO

A la derecha del espectador, en las últimas cajas, un cobertizo o soportal, que da entrada a una casa de labor; a la izquierda, en el proscenio, una cruz grande de piedra sobre un pedestal rodeado de escalones; en el fondo un país fragoso. Debajo del cobertizo una mesa, y sobre una silla una rueca con un copo de lana blanca.

Escena I

SANCHO, BERNARDA, SILO, LUPO; Soldados.

(SANCHO está debajo del cobertizo, sentado a la mesa, escribiendo en un papiro o pergamino; BERNARDA tiene toca de viuda.)

SANCHO
(A BERNARDA.) Yo daré cuenta en Oviedo
de vuestras declaraciones.

BERNARDA
Y eso ¿qué me importa?

SILO
Mucho,
si le mintierais al Conde.

BERNARDA
¡Conde, y tan mozo! Persona
será de mérito enorme.
¿Dónde gobierna?

SILO
En Saldaña
tierra de León.

BERNARDA
¡Demontres!
¡Tierra de pan! Si pudiera
irme trayendo a terrones
a Galicia tres yugadas
de la buena, era en el orbe
yo la más feliz.

Escena II

JIMENA, que sale con toca blanca, trayendo unas llaves en la mano; dos esclavos, dos esclavas; dichos.

JIMENA
(A BERNARDA.)

Las llaves
de las puertas y los cofres.

BERNARDA
Téngalas.
(Tomándolas, y poniéndolas encima de la mesa.)

SILO
(Cogiendo una.)
¡Llave de hierro!
No es utensilio de pobre.

BERNARDA
No las uso yo de palo,
gracias a los bienhechores.

SANCHO
(A LUPO.) Vos registraréis la casa.

BERNARDA
(A JIMENA.) Vaya ella con esos hombres.
Deles cuanto quieran; pero
ellos, sin pedir, no tomen.

LUPO
Nada tomarán, villana.

BERNARDA
Bernarda, no se equivoque,
Bernarda me llamo.

LUPO
Sepa
que no trata con ladrones.

SANCHO
Id.

(LUPO toma las llaves, y entra en la casa precedido de JIMENA y seguido de algunos soldados y de los esclavos.)

Escena III

SANCHO, BERNARDA, SILO; Soldados.

BERNARDA
Inútil será.

SILO
Basta
con verlo.

BERNARDA
Aunque se desojen
no hallarán al fugitivo.

SANCHO
Según todos los informes,
aquí pasó cuatro días
o cinco.

BERNARDA
Cinco, señores,
cinco.

SILO
Y la tarde de ayer.

BERNARDA
¿La tarde? Y también la noche.
Durmió, se levantó en paz,
cumplió con sus devociones,
le di el almuerzo, me dio
un abrazo, y acogiose...

SILO
¿A dónde?

BERNARDA
A otro nido.

SILO
¿Cuál?

BERNARDA
Así mi difunto Jorge
gloria tenga, como es cierto
que puesta en los escalones
de aquella cruz, le perdí
de vista mirando al bosque.

SANCHO

(A SILO.) Nada sabrá; y si lo sabe,
lo callará.

BERNARDA

Se supone.

¿Había de permitir
que llevaran en prisiones
al que yo di de mamar?
Aunque me hicieran jigote.
Cuando él se vino a Subrego,
ya tendría sus razones.

SANCHO

¿Con que en vuestra casa, en fin,
Don Alfonso no se esconde?

BERNARDA

A fe de gallega honrada
lo juro; a fe de mi nombre
y de nodriza de Rey.

SILO

Ya no es Rey.

BERNARDA

No se alborote.
Si Alfonso no reina ya,
reinó, y en dos ocasiones.
Mas sáqueme, por la Virgen,
el de Saldaña, y perdone,
de una duda; pues con todo
que he nacido en estos montes,
tengo un sobrino alarife,
maestro de gran renombre,
y fui de casa del Rey
Fruela, que de Dios goce;
y allí, de oír platicar
a guerreros y Doctores
tantas veces, comprendí
que ha de haber algún desorden
en Asturias y Galicia
siempre que haya sucesiones
de reyes; pero elegido
el sucesor, acabose.

Y como hace un año ya
que juntos los electores
admitieron la renuncia
de Don Bermudo, y acordes
juraron a Alfonso, digo:
para que así le destronen,
¿qué habrá hecho?

SANCHO
Malquistarse
con la Iglesia y con los nobles.

SILO
Y basta.

BERNARDA
Pueden alzar
el Rey que les acomode,
verdad es; pero a éste dicen
que van a meterle monje
si le pillan, y le quieren
cegar como a los traidores:
¿de qué delito le acusan
los que tal pena le imponen?

SANCHO
Quiso hacer guerra a los moros
contra el voto de la corte,
y que tuvieran ancianas
por amas los sacerdotes...

SILO
Y que al francés Carlomagno
rindieran los españoles
vasallaje.

BERNARDA
Si es verdad
Lo que habéis dicho a la postre,
merecería por eso
que le colgaran de un roble.

SILO
Pues todo es cierto.

BERNARDA

Pues yo
me figuro que los próceres
no tendrían mucha gana
de ir a sacudir mandobles;
los clérigos no querrían
ver a su lado visiones;
la embajada vino bien
para achacar mil horrores
a Alfonso; y si da la gente
en decir que rabia el gozque,
sea verdad o no sea,
todos a matarle corren.

Escena IV

JIMENA, LUPO; Soldados, Esclavos; dichos.

LUPO
No está.

BERNARDA
Ya lo dije.

SANCHO
Silo,
mirad los alrededores
antes de emprender la marcha,
si gustáis.

SILO
Estoy conforme.
Pero escuchad. (Aparte a SANCHO.) Esa hija...

(Baja la voz.)

SANCHO
No deis en cavilaciones.
(Siguen hablando aparte.)

SILO
Ordoño lo encargó tanto...

BERNARDA
(A su gente.) Cada cual a sus labores.

(Los esclavos se retiran; JIMENA toma la rueca, se sienta y se pone a hilar.)

SILO

¿Queréis que yo la examine?

SANCHO

Yo lo haré.

SILO

A ver qué responde.

(Se marcha con algunos soldados.)

Escena V

SANCHO, JIMENA, BERNARDA, LUPO; Soldados.

SANCHO

¿Con quién vino Don Alfonso?

BERNARDA

Con su bridón y su estoque.

SANCHO

¿Llegó solo?

BERNARDA

Rey caído

suprime los batidores.

SANCHO

¿Y su hermana?

JIMENA

(Aparte.)

¡Oh Dios! (Cáesele el huso.)

BERNARDA

¿Jimena?

SANCHO

Pues.

BERNARDA

¿Corriendo él a galope,
le pudiera ella seguir?
Ni ¿a qué? Si no la conocen.
¿Hay alguien que la haya visto
en trece años o catorce?
Donde quiera está segura.

(JIMENA deja caer otra vez el huso; BERNARDA le alza.)

Tenga cuidado la torpe.

JIMENA
Perdone, señora madre.

BERNARDA
Vaya adentro.

JIMENA
No se enoje.

(Se levanta para retirarse.)

SANCHO
Temblando está. Si nosotros
damos a vuestros temores
motivo, pronto marchamos.

BERNARDA
A su cuarto, y no se asome.

SANCHO
No me privéis de la vista
de esa bellísima joven,
que juro que su habla dulce,
sus angélicas facciones,
la agitación que amortigua
el brillo de sus colores,
la mirada de modestia
y el señorío del porte,
impresión hubieran hecho
en un corazón de bronce.
¡Qué poco, serrana bella,
te ennegrecieron los soles!
¡Qué poco se ha ejercitado
en campesinas labores
la mano con que avergüenzas

el blanco vellón que coges!

BERNARDA

Ya que el de Saldaña mira
con ojos tan reparones,
y lo blanco de la cara
le ha dado al momento golpe,
¿cómo es que la blanca toca
no parece que le choque?
A doncella consagrada
a Dios, no se dicen flores.

JIMENA

Denme licencia...

SANCHO

Esperad.
Hablé así, no porque ignore
cuánto respeto merece
quien ese velo se pone,
sino porque me dejé
llevar de las ilusiones
que hace un año a mi memoria
vienen y se van veloces.

JIMENA

No me está bien escuchar
livianas conversaciones.

SANCHO

Con ese desdén, zagala,
con que tus elogios oyes,
me pagó también un día
la ingrata de mis amores. -
Era una tarde de otoño:
trasponía el horizonte
el sol, dorando la cima
de los árboles mayores
que daban sombra a una casa
coronada de una torre;
cantaban allá a lo lejos
alegres trabajadores,
que cerraban los portillos
de unos rotos paredones;
percibíase a otro lado
el eco de una harpa, dócil

a una mano, que en la tuya
hizo el Señor que se copie.
¡Qué bien a la tañedora
me representas! Al borde
de una fuente se sentaba,
dando la espalda a unos bojes;
y clavados en la arena
los ojos deslumbradores,
y asomando en su mejilla
encendidos arreboles...

JIMENA

(Aparte a SANCHO.)

Callad.

SANCHO

«Callad, exclamaba,
si al jardín queréis que torne.»
Pensé que amenazas eran
para encubrirme favores:
pronto abatió el desengaño
lisonjeras presunciones.
Por vez primera veía
la luz de mi sol entonces:
un año entero ha pasado
sin gozar sus resplandores.
El ornato de la esquiva
revelaba sus blasones;
su lenguaje recatado
no era el de un ánimo doble;
y atrás tendido el cabello
sin velos usurpadores,
por libre la señalaba
para admitir corazones.
Más ¡ay! con rigor más duro
que a la virtud corresponde,
la que sencilla supuse,
palabras olvida y rompe;
huye de mí; no parece
ni en vergeles ni en balcones;
yo sufro; quiero indignado
que el alma su imagen borre,
y a mi pesar en el pecho
siempre permanece inmoble.

JIMENA

¡Ah!

SANCHO

(A BERNARDA.)

No eran a esta doncella
mis corteses expresiones.

BERNARDA

(Aparte.) Ahora sí que no lo creo;
mas nunca peor se logre.

Escena VI

SILO, Soldados; dichos.

SILO

Conde, a lo largo del río
sube tropa; los pendones
son los nuestros, y conozco
el clarín de Ordoño.

SANCHO

Toquen
el nuestro en aviso, y vamos.

JIMENA

(Aparte.) ¡Ay! A partir se disponen,
y no puedo vindicarme
de injustas acusaciones.

SANCHO

Casual, como veis, ha sido
que mi visita os estorbe.
Perdonad, y a Dios.

JIMENA

A Dios.

BERNARDA

Él de gloria le corone.

SANCHO

(Aparte a JIMENA.)

No puedo hablaros: tomad

y leed estos renglones.

(Dale el pergamino en que escribió.)

JIMENA

(A él.) ¡Ah!, sí.

SANCHO

Ya que vuestro estado
la obligación os impone
de orar por todos, ¿tendré
parte en vuestras oraciones?

JIMENA

Sí.

SANCHO

No olvidéis la promesa.

JIMENA

No olvido yo nada, Conde.

(Vanse SANCHO, SILO, LUPO y los demás soldados.)

Escena VII

JIMENA, BERNARDA.

(Siguen con la vista por algunos momentos a los que se retiran.)

BERNARDA

Ya salimos de afán.

JIMENA

¡Gracias, Dios mío!

BERNARDA

(A JIMENA.) ¡Gracias, Madre de Dios de Covadonga!

Soltad la rueca de silvestre caña:
es de marfil la que ceñir os toca.

(Se la quita y la arroja al suelo.)

JIMENA

Si vuelven, si te ven...

BERNARDA

No; que la peña
que nos oculta de su vista, doblan,
y al ver la novedad, avisaría
el zagal que aposté sobre la loma.
Ya el Rey puede salir.

JIMENA

Llamaré gente.

BERNARDA

Sobro yo aquí para mover la losa.

(Aparta una piedra del pedestal de la cruz, descúbrese un hueco y sale de él ALFONSO.)

JIMENA

(Aparte.) ¡Esta carta del Conde! Mal mi grado,
el ansia de leerla me devora.

Escena VIII

ALFONSO, JIMENA, BERNARDA.

ALFONSO

¡Hermana! (La abraza.)

JIMENA

¡Alfonso mío! ¡De qué riesgo
nos liberta una mano generosa!

ALFONSO

¿Cómo pagar?...

BERNARDA

Negocio más urgente,
príncipe amado, resolver importa.
Guía y disfraz sabéis que puedo daros;
la distancia de Sámanos es corta:
¿persistís en pasaros al convento?

ALFONSO

¿Qué camino al venir trajo esa escolta?

BERNARDA

El de Sámanos era, y por la orilla
del río abajo, la vereda toman.
Libre os dejan el paso.

ALFONSO

Le aprovecho.

BERNARDA

Será vuestra partida sin demora. (Vase.)

Escena IX

ALFONSO, JIMENA.

JIMENA

¿Con que partes al fin?

ALFONSO

Sí, nos separan;
me separan de ti por breves horas;
en tu busca vendré cuando la noche
callada tienda favorable sombra;
pero tiemble de mí, si triunfo un día,
quien hoy consigue que te deje sola.
Tú fuiste de mi júbilo testigo
cuando ciñó mi sien esa corona
que ambicioné, porque valor me siento
para poderla sostener con gloria;
viste las miras que abarcaba; viste
que en lucha fiera con la raza mora
quise a gallegos, cántabros y astures
empeñar; que a los hijos de Vasconia
importuné también y a Carlomagno,
para que desde Braga a Barcelona
se alzarán con un fin, con una idea,
cuantos la cruz del Redentor adoran,
y de manos del árabe arrancaran
la herencia rica de la estirpe goda.
Ya de aquel porvenir esplendoroso
me han dejado no más que la memoria:
de trono, de poder, de hacienda y fama
bárbaros enemigos me despojan;
y con todo, Jimena, te lo juro,

más en este momento me acongoja
la idea del peligro en que te veo,
que la expulsión que mi vergüenza colma.

JIMENA

¡Hermano!, ¡dulce hermano!

ALFONSO

En tu presencia
enmudece mi orgullo, y con su antorcha
disipa la razón la niebla oscura
que en el pecho mis iras amontonan.
A tu lado, el huir, el ocultarme,
acción no me parece ignominiosa:
perdido el trono, conservar la vida,
creo que es un deber; que a toda costa
debo esa vida conservar, pues ella
debe ser de la tuya protectora.
Si a tu lado no estoy... ¡Cuánto martirio,
cuánto! El despecho y el furor me ahogan,
y me afrenta el vivir. -Si tú quisieras
bajo nuevo disfraz seguirme ahora...

JIMENA

Recuerda que hoy, al despuntar el alba,
contigo iba a partir.

ALFONSO

¡Ah, sí! Perdona.
Yo fui quien te detuvo. No es posible:
fuera la fuga hacer más peligrosa.
Es verdad que el vecino monasterio
de la piedad de nuestro padre es obra;
que en él hallé refugio cuando, niño,
me dejó en orfandad mano alevosa;
que en él, mancebo ya, de Mauregato
los rencores burlé; mas ya reposan
en la etérea mansión los cenobitas
que entonces me tuvieron en custodia.
Si almas heladas por mi mal encuentro...
Si también ellos contra mí se tornan...
¡Oh!, no: espérame aquí.

JIMENA

Corta es la ausencia.
Cabe en ella vivísima zozobra.

Mas dime... En ese pedestal oculto,
ni pude ver ni oír. ¿Quién esa tropa
que me viene a prender, capitanea?

JIMENA
Un joven...

ALFONSO
¿Joven?

JIMENA
De presencia airosa,
grata conversación, humano pecho...

ALFONSO
¡A un enemigo tuyo tanto elogias!

JIMENA
No es mi enemigo, no; no es tu enemigo.

ALFONSO
¿Pudiste averiguar cómo se nombra?

JIMENA
Es...

ALFONSO
¿Quién?

JIMENA
El Conde de Saldaña.

ALFONSO
¿Sancho?
¡Bien la facilidad me galardona
con que le di un gobierno! ¡Bien me paga
los alazanes y la fina cota
con que le honré después, al concederle
mi licencia real para su boda!

JIMENA
¡Qué oigo! ¿Sancho, el traidor que te persigue,
tiene mando por ti?, ¿tiene la esposa?

ALFONSO
Para dentro de un año difirieron

del vínculo la santa ceremonia.

JIMENA

¡Para dentro de un año, que ahora cumple!
¿Y no recordarás quién fue la novia?

ALFONSO

Fue la hermana de Ordoño.

JIMENA

¿Floresinda?

ALFONSO

La que hablaste una vez.

JIMENA

Sí, y es hermosa.
Bien me acuerdo. Hace un año. -¿Ves, Alfonso?
¿Ves tú qué de perfidias nos acosan?
Marchémonos de aquí. Vuelve a la noche:
donde quiera que vayas, estoy pronta
siempre contigo a dividir tu suerte.
¡Qué de ilusiones la ignorancia forja!
Ya en ese Conde contemplé un amigo,
porque falaz me dirigió lisonjas...

ALFONSO

¡Sancho a ti!...

JIMENA

Nada temas: él no sabe
que era Jimena la villana tosca.

ALFONSO

¿Qué te dijo?

JIMENA

Mentiras: que mi rostro
le recordaba aquél que le enamora.
Tal vez era verdad: a Floresinda
galanteó tal vez en mi persona.
¡Es el Conde muy fiel!

ALFONSO

Es deber suyo:
marido es ya quien el contrato forma.

JIMENA
Tal es la ley.

ALFONSO
Pero interés sobrado
parece que te inspira...

JIMENA
Me sonrojas.
Como nunca el amor has conocido,
tú siempre sus indicios equivocas.
Yo tampoco amaré.

ALFONSO
¡Pluguiera al cielo!

JIMENA
Para mi hermano mi ternura toda.

ALFONSO
Y para ti no más Alfonso vive.
Sí, que jamás Alfonso me abandona.

ALFONSO
Nunca: mi voluntad irrevocable
del amor para siempre me divorcia.
Jamás a una mujer al pie del ara
la banda me unirá cándida y roja.
Mira, Jimena mía: este momento
de exaltación sublime y religiosa,
de despedida y riesgo, acaso ofrece
la coyuntura favorable y propia
para un designio...

JIMENA
Dile.

ALFONSO
Nuestro padre
manchó con un delito sus victorias:
a su hermano mató, fue asesinado
él también a su vez...

JIMENA
¿Y bien?

ALFONSO

Costosa,
tremenda expiación, querida hermana,
debemos a una víctima y a otra.

JIMENA

¿Y cuál?

ALFONSO

Por esto quise que tu vida
corriera en soledad: todos ignoran
cuáles son las facciones de Jimena
sólo Ordoño te ha visto, y veces pocas,
porque, pariente fiel, de mis intentos
hícele sabedor.

JIMENA

Di, que afanosa
me tienes.

ALFONSO

En el reino que fue mío,
no hay hombre que merezca de tu boca
oír el dulce sí, que llevaría
la obligación de hacerte venturosa.
Yo codiciaba ese deber. Jimena,
por alcanzar de Dios misericordia
para el que ser nos dio, por imitarme,
por orgullo además, la blanca toca
puesta por mano de mi fiel nodriza,
de otra mano recíbela devota,
postrada ante el altar.

JIMENA

Yo lo prometo.

ALFONSO

¿Lo prometes?

JIMENA

Lo juro.

ALFONSO

Tú coronas
mi esperanza.

JIMENA

Aniquílese en nosotros
una prosapia mísera y odiosa,
que fatigada de mirarse siempre
blanco de la traición, cede y se postra.

ALFONSO

Ven, ven, y el respetable juramento
pronuncia allí, donde el Señor nos oiga,
delante de la cruz. (Lléganse a ella.)

JIMENA

(De rodillas.) Padre piadoso,
que nos ofreces del dolor la copa,
sálvanos del peligro que nos cerca,
y yo renuncio la mundana pompa,
y en la morada fraternal viviendo,
sierva tuya seré y humilde esposa.

Escena X

BERNARDA, ALFONSO, JIMENA.

BERNARDA

Vuestro mandato en mi aposento espera
quien os ha de guiar: vestid la ropa
que ha de encubriros, y partid.

ALFONSO

Al punto.

BERNARDA

Por el huerto saldréis.

(Cierra el pedestal, y éntrese en la casa.)

ALFONSO

Blanca paloma,
de carnívoras aves acechada,
vele por ti quien la naciente rosa
firme en el frágil vástago mantiene
cuando furioso el aquilón le azota.
Fía en aquél a quien tu fe dedicas,

y en el único bien que no me roban:
mi aliento, mi tesón. Prestado cetro
el que me dieron fue; si le recobran,
pueden hacerlo. Para destronarme,
precisa era primero mi deshonra:
por eso la calumnia les perdono;
el filo de una espada vencedora
borrará con el tiempo las señales
que manchan de mi honor la rica joya.
No crean los cobardes enemigos
que destruyen la fábrica grandiosa
comenzada por mí, que soy quien pierde:
son ellos, es la patria. Ruda choza
tenga, pues, el creyente por asilo,
mientras huella el sectario de Mahoma
pavimento de mármoles, y tiende
en él nuestras banderas por alfombra.
Desheredado en el país nativo,
con mis hazañas en región remota
quizá más rico patrimonio gane
que ese que mi altivez hoy abandona.

(BERNARDA se presenta a la puerta con unos vestidos de hombre en el brazo, y se dirige al Rey.)

BERNARDA

(A JIMENA.) Venid. Quedad aquí vos en acecho.

ALFONSO

Adiós, Jimena.

JIMENA

Adiós: aguardo ansiosa.

(Entran en la casa BERNARDA y ALFONSO.)

Escena XI

JIMENA

Él sólo en mi amparo vela,
sólo él. -Y tiene razón:
hijos de desgracia son
los hijos del Rey Fruela.
Piadoso el cielo por mí

debéis hallar, padre mío:
con harto dolor expío
culpa que no cometí.
Por vos de su pecho lanza
Jimena el amor. -¡Ay!, no:
consigo se le llevó
fugitiva la esperanza.
¡Y el traidor me llama linda,
y se atreve a darme quejas!
¡Y desertor de mis rejas,
me olvidó por Floresinda!
Dice que huyo con rigor
las veces que a verme acude.
¿Cómo libertarme pude
de tanto avizadorador?
Deber suyo hubiera sido
los obstáculos vencer:
de más hice yo en querer
que los hubiese vencido.
En fin, ya todo le aparta
de mí, ya somos extraños:
aunque encierre mil engaños,
bien puedo abrir esta carta.
Yo no sé si la destroce
sin verla. Sí debería.
No, que ignoro todavía
si el pérfido me conoce. (Abre y lee.)

«Aparentando tomar un informe, trazo estas palabras al pie de un escrito de mano ajena: la ocasión me obliga a no decir sino lo necesario. La única vez que os vi en Oviedo, cuando un presentimiento venturoso me llevó a registrar el jardín del alcázar, os dije mi nombre, y me callasteis el vuestro: indicios recientes me han descubierto quién sois.»

¡Sabe quién soy!

«Yo he solicitado el encargo de perseguir al Rey, para salvarle; pero no he podido traer sino soldados de quienes no me debo fiar. Ordoño es el autor y el jefe de la conjuración, como veréis por ese plan escrito y firmado por él propio, el cual ignora que yo posea este documento, y aun está persuadido de que no existe. Ordoño, que os conoce como sabéis, quiere a toda costa descubrir vuestro asilo, y quizá no se halla lejos. Avisad a vuestro hermano, y huid, Jimena: huid, o, por lo menos, ocultaos de Ordoño.»

Ni siquiera
una palabra hay aquí
de lo que esperaba. Fui,
fui demasiado altanera.

Sancho de salvarnos trata;
como bueno corresponde:
¿Qué más quiero? Gracias, Conde;
no me tengáis por ingrata.
Fuera ya un empeño loco
volver los ojos atrás:
ni él debe decirme más,
ni yo esperarlo tampoco.
Hecha la promesa santa,
¿quién devaneos medita?
No ambicione la proscrita
lo que no logró la infanta,
pues en tal persecución
es harta felicidad
que algún resto de piedad
nos quede en un corazón.

(Óyese a lo lejos el chasquido de una honda.)

En la cumbre del collado
el pastor la honda restalla.
Algo que avisarnos halla.
¿Vendrá gente? (Llégase al fondo a observar.)
¡Qué he mirado!
¡Es Ordoño! ¡Otra agonía!
¡Ordoño y Sancho! ¿Si habrá
partido mi hermano ya?
¡Valednos, Virgen María!

(Éntrase en la casa y cierra.)

Escena XII

SANCHO, ORDOÑO; Soldados.

(Los soldados no hacen más que cruzar por el fondo; ORDOÑO sale reconociendo el sitio.)

ORDOÑO
¡Oh!, la ventaja es inmensa.

SANCHO
Distinto es mi parecer.

ORDOÑO

Aquí se pudiera hacer
a pedradas la defensa.

SANCHO

(Aparte.) (¿Habrá servido el aviso
que di a Jimena?) Pensemos,
Ordoño, qué resolvemos.

ORDOÑO

Sí, vamos a lo preciso.

SANCHO

Tiempo quedará después
para ver esa doncella.

ORDOÑO

Silo dice que es muy bella;
pero no tengo interés...

SANCHO

¿Con que afirmáis que Teudón
está en Sámanos armado?

ORDOÑO

Banderas ha levantado
por Alfonso.

SANCHO

Es campeón
de gran valor y pericia.

ORDOÑO

Hombre debe ser de cuenta,
cuando así que se presenta,
la rebelión se desquicia.

SANCHO

¿Ya la llamáis rebelión?

ORDOÑO

No me parece un insulto
dar este nombre a un tumulto
que perece en embrión.

SANCHO

No torno yo por injurias
vuestras palabras.

ORDOÑO

Son copia
fiel, o más bien son la propia
voz de Galicia y Asturias.

SANCHO

Aunque yo mi voto aprecio,
cuando son de otro sentir
los más...

ORDOÑO

Ir a desmentir
a todos...

SANCHO

Es duro.

ORDOÑO

Es necio.

SANCHO

Pues ¿qué partido tomar?

ORDOÑO

Señor, al hundirse un bando...

SANCHO

Se puede morir lidiando...

ORDOÑO

Más vale capitular.

SANCHO

Yo no tengo inconveniente,
si no le hubiere por vos.

ORDOÑO

Yo os creía de los dos
el menos condescendiente.

SANCHO

Más natural es que tema
el autor de la asonada.

ORDOÑO

¿Y no debe temer nada
quien se llevó la diadema?
No estéis, buen Conde, tan ancho.

SANCHO

De asombro me quedo mudo.
¿No fue aclamado Bermudo
segunda vez?

ORDOÑO

Lo fue Sancho.

SANCHO

¡Yo he sido nombrado Rey!

ORDOÑO

Y por toda una semana
grandeza y plebe asturiana
obedeció vuestra ley.

SANCHO

¿Qué es esto? ¡Sin mi noticia
de mi nombre se abusó,
mientras he corrido yo
las montañas de Galicia!

ORDOÑO

Por ser tan ejecutivo
la noche del alzamiento,
que partisteis al momento
tras el real fugitivo,
se hizo sin vos la elección;
y después aquí engolfado,
dar no pudo el enviado
con vos por ningún rincón.
Yo he llevado en vuestra ausencia
de los negocios el peso:
con que no tengáis por eso
escrúpulo de conciencia.

SANCHO

Debió seros imposible
conseguir que os aclamaran,
y haríais porque nombraran

al rival menos temible.

ORDOÑO

Ansiaba cada elector
el trono...

SANCHO

Y más han querido
cederle a un desconocido,
que darle a un competidor.

ORDOÑO

Hallándome desairado
de votos en la asamblea,
dije: a lo menos, que sea
Rey mi futuro cuñado.

SANCHO

(Aparte.) ¿Habrán huido?

ORDOÑO

¿Qué afán
os tiene, Conde, perplejo?

SANCHO

Nada.

ORDOÑO

Entremos en consejo
para evitar un desmán.
A Saldaña gobernó
vuestro padre tiempo largo;
y habiendo muerto, el encargo
que tuvo, se os confió.
Allí donde mil testigos
de vuestros hechos contáis,
natural es que tengáis
un gran número de amigos.
El poder del cetro godo
es en Castilla una sombra:
el Rey los Condes le nombra,
y libre la deja en todo.
Vos en Galicia estáis mal:
es claro hasta la evidencia
que os tomarán residencia
del reinado semanal.

Si vais a Saldaña al punto
y dais al moro un avance,
como salga bien el lance
se sepulta el otro asunto.
Crecida escolta os daré
que os libre de un accidente,
y lo demás de la gente
al Rey se la entregaré,
bajo expresa condición
de que yo quede bien puesto,
y os otorgue, por supuesto,
completísimo perdón.

SANCHO

Hablaré al Rey: a mi cuenta
eso quede.

ORDOÑO

Es que...

SANCHO

Acabad.

ORDOÑO

Hay una dificultad
para que yo lo consienta.

SANCHO

¿Dificultad? Y ¿cuál es?

ORDOÑO

Conde, que no me conviene.
Amigo, cada uno tiene
que consultar su interés.
Haced lo que os he indicado,
pues aquí soy el que manda,
y tenéis fibra algo blanda
para negocios de Estado.
Entended que yo el favor
de Alfonso puedo alcanzar,
y vos habéis de pasar
sin recurso por traidor.

SANCHO

Hay medio de sincerarme,
y fácil, os lo prevengo.

ORDOÑO

Por si es el mismo que tengo
para mí, debo explicarme.
Aquí vio, según me dijo,
Silo una joven...

SANCHO

Serrana
del país.

ORDOÑO

¿Y si es la hermana
del Rey?

(SANCHO se turba; ORDOÑO le da una mirada, y dice después con seguridad.)

Es ella de fijo.
Cercada la casa está;
la hallaré; se la presento
al Rey, y este miramiento
su consecuencia tendrá.
¿Qué decís?

SANCHO

¿Por qué he salido
nunca del hogar paterno?

ORDOÑO

Por alcanzar un gobierno.
Sois Conde... y seréis marido.
Disgusto ya deja ver
mi hermana; mas no os aflija,
que aceptada la sortija...

SANCHO

Nunca será mi mujer.
Descubro con claridad
que habéis jugado conmigo.

ORDOÑO

Conde, perdonad si os digo...

SANCHO

¿Qué me diréis?

ORDOÑO
Que es verdad.

SANCHO
¡Ordoño!

ORDOÑO
Tenéis valor,
erais útil a mi empresa,
mi hermana es linda y traviesa:
os gané con el amor.

SANCHO
Bien que su artificio ruin
me ha podido deslumbrar,
sepa...

ORDOÑO
Si os hizo olvidar
a la dama del jardín.

SANCHO
¿Quién reveló?...

ORDOÑO
Cierta buena
mujer que escondida os vio,
y ella fue la que estorbó
la cita que dio Jimena.

SANCHO
¡Jimena! ¡Trama infernal!
Ya todo me desengaña...

ORDOÑO
¿De qué, Conde de Saldaña?
¿De que soy vuestro rival?

SANCHO
Ordoño... Los de la tierra
que llaman de los castillos,
aunque pecan de sencillos,
rayos son para la guerra.
Fronterizos del infiel,
vivimos desde la cuna,
con buena o mala fortuna,

lidiando siempre con él.
Siembra y coge sin contienda
aquí el labrador el grano;
allí ha de saber su mano
labrar y salvar su hacienda.
Lanza es la ahijada, chuzo es
el cayado del pastor,
y la hoz del segador
alfanje por el revés.
Fe, sin embargo, y decoro
guarda entre sí el fiel linaje,
porque allí todo el coraje
se reserva para el moro.
Como tener deberéis
de noble alguna vislumbre,
os oí, por la costumbre,
con la paciencia que veis.
Mas ya que en justo furor
contra vos el pecho se arde,
mirad si no sois cobarde,
que yo sé que tengo honor.

ORDOÑO

Le tenéis, por de contado;
pero no hay que blasonar,
que es algo particular
el honor de un conjurado.

SANCHO

No: si conspirar fingí,
de salvar al Rey traté.

ORDOÑO

Veo que no me engañé
cuando yo me lo temí.
Y a fe que si me descuido,
me sacrifica mañana
esa honradez castellana
que me habéis encarecido.
Es forzoso que partáis.
Ya tendrá Silo informados
de mi plan a los soldados.
Resolved. ¿En qué os paráis?

SANCHO

Con un enemigo vil,

¿qué hace un noble?

ORDOÑO
Acaso nada.

SANCHO
¿No miráis que tengo espada?

ORDOÑO
Vos tenéis una, y yo mil.

SANCHO
Cuando lleguen en tu ayuda,
ya te habré yo confundido.
Defiéndete, fementido.

(Sacan las espadas y riñen.)

ORDOÑO
¡Soldados!

Escena XIII

SILO, LUPO; Soldados; SANCHO, ORDOÑO.

SILO
(A los que salen con él.)
Mirad: no hay duda.
Rehúsa el medio en que estriba
nuestra salvación.

SANCHO
¡Villanos!

ORDOÑO
¡Matadle!

SILO
¡A él, asturianos!

ORDOÑO
¡Viva Don Alfonso!

SOLDADOS

¡Viva!

(Retírase el Conde por la derecha, haciendo frente a ORDOÑO y a los soldados que le persiguen.)

ACTO SEGUNDO

A la izquierda del espectador un ángulo de la torre perteneciente a la primitiva iglesia del Salvador en Oviedo; desde el punto donde termina la pared de la torre, parte hacia la derecha una galería o pasadizo abierto, que comunica con el palacio de Alfonso. Ventanas en la galería, por donde se verán a lo lejos varios edificios de una plaza aún no acabada de construir. El espacio que media entre el proscenio y la galería corresponde a un jardín, del cual se verá un grupo de árboles a la derecha.

Escena I

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, TOIDA, NEFTALÍ; un ENTALLADOR, un PLATERO y un ESPADERO.

(Salen de la iglesia a la galería.)

ALFONSO

Venid por aquí, maestros:
abreviemos el camino.

ORDOÑO

La galería nos da
paso al palacio.

ALFONSO

Se hizo
para que fuera mi madre
desde su aposento mismo
a la iglesia.

TOIDA

¿Es necesario
que la conserve?

ALFONSO

Preciso.
vendrá por ella la Infanta
cada día a los oficios

al templo del Salvador.

TOIDA

En lugar de un cobertizo
como éste, veré de hacer
algo que merezca el título
de galería, que Ordoño
por favor le ha concedido.

ALFONSO

Arquitecto, reservad
la ostentación, ya lo he dicho,
para la iglesia.

TOIDA

Señor...
No os enojaréis conmigo.
Yo al Salvador alzaré
templo decoroso y digno,
en lugar de ese que, hablando
con el respeto debido,
manifiesta solamente
la prisa y devoto ahínco
del Rey vuestro padre; pero
también labraros confío
mejor casa que tenéis.

ORDOÑO

Toida, palacio decimos
a la mansión del monarca.

TOIDA

Yo la advertencia os estimo;
pero con todo, si vos
hubierais como yo visto
los alcázares de Córdoba
y de Sevilla, imagino
que os repugnaría dar
igual nombre a los prodigios
del arte, y a unas paredes
hechas de barro y ladrillo.

ALFONSO

Tiene sobrada razón:
Oviedo está en sus principios.
Deba la posteridad

al afán vuestro y al mío
una ciudad en que al menos
halle un remedo mezquino
de la grandeza de aquéllas
que perdió el triste Rodrigo.
¿Qué me pedís por ahora? (A TOIDA.)

TOIDA

Por ahora y siempre os pido
a vos libertad y manos,
y dinero a este judío. (Señalando a NEFTALÍ.)

ALFONSO

Todo lo tendréis: andad. (Vase TOIDA.)

Escena II

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, NEFTALÍ; un PLATERO, un ESPADERO, un
ENTALLADOR.

PLATERO

Señor, aún no habéis podido
ver mi obra.

ALFONSO

¿Sois?...

PLATERO

El platero.

(Presenta al Rey una arquita o cofrecillo de plata.)

ALFONSO

A ver. ¡Trabajo exquisito!

ORDOÑO

¡Caja preciosa!

ALFONSO

A guardar
una joya la destino
de gran valor. (A SILO.) Vos, oíd. (Le habla en voz baja.)

ORDOÑO

¿Y dónde habéis aprendido
la profesión?

PLATERO

En Sevilla:
viví diez años cautivo
en la casa en que se labra
la moneda.

ALFONSO

Id pronto, Silo.
Tomad, y volved con ella. (Dale la arquita.)

SILO

Corriendo. (Vase.)

PLATERO

(Al Rey.) Estoy instruido
en el arte de acuñar,
y si queréis...

ALFONSO

¡Ay amigo!
Ése ya para mi reino
fuera lujo intempestivo.
Con moneda antigua y árabe
pasamos cerca de un siglo:
pasaremos de este modo
mientras Dios fuere servido.
Maestro, para mi hermana
quiero un espejo macizo
de plata.

PLATERO

Lo haré más terso
que una lámina de vidrio. (Vase.)

Escena III

ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALÍ; un ESPADERO, un ENTALLADOR.

ESPADERO

Yo soy espadero.

ALFONSO

Como
estaréis ocupadísimo
mientras yo reine, he rogado
que os dé licencia el Obispo
para poder trabajar
sin pecado los domingos.

ESPADERO

Por el día, bien; la noche...

ORDOÑO

Es para el sueño.

ESPADERO

Y el vino.

ORDOÑO

¿Quién os ha enseñado?

ESPADERO

Un moro
de Toledo.

ORDOÑO

¡Otro discípulo
del infiel!

ESPADERO

Infiel o no,
quién sabe, tiene legítimo
derecho para enseñar.

ENTALLADOR

Yo nada les he debido
a los árabes.

ALFONSO

Ya, sois...

ORDOÑO

Entallador, lo adivino.
Mal pudieran enseñaros
ellos a hacer crucifijos.

ALFONSO

Os encargo un elegante
reclinatorio esculpido...

ENTALLADOR
¿Para vos?

ALFONSO
Para mi hermana.

ENTALLADOR
Espero que he de serviros.
(Vanse el espadero y el entallador, y sale SILO con la arquita.)

Escena IV

SILO, ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALÍ.

SILO
Aquí está.

ALFONSO
Bien. -Neftalí,
mirad a la plaza: alisto
gente allí para la guerra,
y aquí dispongo edificios
para engrandecer a Oviedo:
un número muy crecido
de libras de oro es forzoso
en tal ocasión pedirlos.

NEFTALÍ
Señor, el Dios de Abraham
se ha dignado hacerme rico.
Cincuenta años ha que soy
mercader: cuanto he adquirido,
es vuestro; pero no basta
mi caudal y el de mis hijos
para completar la suma
que necesitáis: me obligo
a que la den compañeros
en toda España esparcidos;
sin embargo, no os conocen.
Una prenda necesito
para que fíen de mí

como yo de vos me fío.

ALFONSO

Se había pensado en ello.
Traed ese cofrecillo.

(SILO se acerca con la arquita; el Rey la abre, y saca de ella un paño de seda en el cual está envuelta una llave grande de hierro.)

¿Qué os parece, Neftalí,
que hay dentro de este tejido?

Mirad, mirad: esta llave
de trabajo tan sencillo,
es la llave del alcázar
de Toledo. En el dominio
del moro Toledo yace:
de Rey en Rey ha venido
a mí esta joya sagrada;
y un siervo de Dios predijo
que un día con ella propia
se abrirían los postigos
del palacio que fue silla
del gótico poderío,
y que sería un Alfonso
el Rey, el feliz caudillo
que plantara en sus almenas
el estandarte de Cristo.
Mirad si sobre esta alhaja
me prestarán.

NEFTALÍ

(Hablando aparte con el Rey.)

Yo la admito...

En apariencia no más:
hablemos aquí en sigilo.
Diré que tengo la llave,
y el cofre estará vacío:
ninguno vendrá a mi casa
a levantar el pestillo.

ALFONSO

Bien, Neftalí.

NEFTALÍ

¿Queréis algo
más?

ALFONSO
El dinero que al cinto
llevéis ahora.

NEFTALÍ
Os lo entrego
en la bolsa, y me retiro. (Vase.)

Escena V

ALFONSO, ORDOÑO, SILO.

ALFONSO
Silo, después de apagada
la rebelión que he vencido,
parece que a competencia
sus autores y yo fuimos:
ellos a ocultarse bien,
yo a no querer descubrirlos.
Pero me dicen de vos
que os habíais ofrecido
a matarme.

SILO
Señor, fue...

ORDOÑO
(Aparte.) ¿Qué es esto?

ALFONSO
No hay que afligiros.
Como nunca os hice mal,
no podéis ser mi enemigo:
la necesidad por fuerza
os convirtió en asesino.
Remediaos con el oro
que os doy en este bolsillo,
y haya paz entre los dos;
porque si un día me irrito,
con alzar un pie, hago polvo
semejantes hombrecillos.

SILO

(Aparte.) No puedo hablar de vergüenza.

ALFONSO

(A ORDOÑO.) Quería desde este sitio
ver a mi hermana venir
del convento, a donde ha ido:
ya llega. En tanto que salgo
a la plaza y la recibo,
acabad la conversión
de aquel pecador contrito,
que os interesa.

ORDOÑO

¿Creéis?...

ALFONSO

Yo de vos nada he creído,
sino solamente aquello
que a vos decir os convino.
Tenéis mi sangre, tenéis
talento: Conde, os elijo
de los notarios.

ORDOÑO

Señor,
me deja tan confundido
lo que antes oí, que dudo
si es favor ese o castigo.

ALFONSO

Si os honrare, agradecedlo;
si os castigare, sufridlo.

ORDOÑO

¿Con qué?...

ALFONSO

Lo que dije a aquél,
tenedlo vos entendido. (Vase.)

Escena VI

ORDOÑO, SILO.

ORDOÑO

Pasmado me deja.

SILO

A mí

ciego de rabia. ¡Maldito
sea quien tiene la culpa
de que me vea corrido!
No volveré a dar lugar
yo, no, por Dios uno y trino,
a que me eche en cara el Rey
ni traición ni deservicio.

ORDOÑO

¿Te resuelves a ser hombre
de bien? Yo te felicito.

SILO

Felicitarme podéis
de veras; que es muy distinto
de ser partidario vuestro,
y partidario gratuito,
el tener la bolsa llena
con el corazón tranquilo.

ORDOÑO

Me figuro, sin embargo,
que puedo contar contigo.

SILO

Para todo lo que fuere
razonable, justo, lícito,
sí, señor; pero en trayendo
al Rey daño en lo más mínimo,
tan seguro como hay sol,
que os pierdo.

ORDOÑO

Aprecio el aviso.

SILO

Y si manda que os degüelle
un día, por un capricho,
para que Alfonso conozca
la lealtad con que le sirvo,
cierro los ojos y acabo

con vos.

ORDOÑO

Sentiré infinito

dar ocasión a que tengas

que hacer ese sacrificio.

SILO

Bien: pues si llegare el caso,

no os coja desprevenido. (Vase.)

Escena VII

ORDOÑO.

Necesario es confesar
que Alfonso es hombre de tino.

Muerto el Conde de Saldaña,

sepultada en el olvido

la revuelta, honrado yo

con el cargo de Ministro,

tengo que servirle bien:

no me queda otro partido.

Ese voto de Jimena...

No es difícil rescindirlo,

si ella quiere. Y bien, ¿querrá?

Por ahora es un delirio

pensarlo; más adelante...

Desde que en triunfo trajimos

de Sámanos a los dos

hermanos, ha concedido

Alfonso más libertad

a la Princesa. Concibo

la razón: fía en el voto.

Pero ella no ha recibido

el velo aún: ¿hallaría

ya en las bodas atractivos?

La he de sondear. -Alfonso

le tiene tanto cariño...

demasiado ciertamente

para un corazón tan frío.

¡Frío el corazón de un hombre

de aquel ánimo! -¡Qué miro!

Escena VIII

BERNARDA, ORDOÑO.

ORDOÑO

¡Bernarda! ¿Vos por aquí?

BERNARDA

¿Vos, Ordoño, en este sitio?
Vuestra hermana se desposa,
¡y vos no habéis parecido
por allá!

ORDOÑO

¿Venís de casa?

BERNARDA

Es claro: como testigo
de la muerte del primer
novio...

ORDOÑO

Cierto: es requisito
indispensable probar
que el enlace primitivo
quedaba disuelto.

BERNARDA

Pues;
aunque si hubiera vivido
el Conde, creo que hubieran
roto al fin el compromiso
los contrayentes.

ORDOÑO

El Conde,
aunque peleó con brío,
falleció de las heridas
en vuestra casa; y colijo
que hizo bien, porque ya estaba
entonces por su delito
condenado a muerte.

BERNARDA

Si él

no muriera, tan benigno
fuera con él Don Alfonso,
como con otros lo ha sido.

ORDOÑO

Pidieron esa cabeza
allá en Sámanos a grito
unánime cuantos jefes
se congregaron...

BERNARDA

Que en limpio
fue decir: «Pague por todos
quien tenga menos arrimo.»

ORDOÑO

Con afecto habláis del Conde.

BERNARDA

Con afecto... compasivo.
Yo le cuidé, yo le vi
dar el último suspiro...

ORDOÑO

¿Y por qué no permitisteis
que viera el cadáver Silo?

BERNARDA

Encomendadle al Señor,
pues iba a ser el marido
de vuestra hermana, y al menos,
muerto, dejadle pacífico.
¿Temeréis que resucite?

ORDOÑO

En el ordinario estilo
no es común, pero...

BERNARDA

(Aparte.) ¿Qué diantre?...

ORDOÑO

Todo lo puede el Altísimo.

BERNARDA

Voy a cerrar, que me envía

(Llegándose a la puerta que va a la iglesia.)
por las llaves mi sobrino.

ORDOÑO
¿El arquitecto? -Ya pronto
va a principiar el derribo
de la iglesia.

BERNARDA
¡Pronto!

ORDOÑO
Sí.

BERNARDA
(Aparte.) Toida no me lo previno.

ORDOÑO
(Aparte.) Se ha quedado algo parada.

BERNARDA
¿Lo ha dicho el Rey?

ORDOÑO
Él lo dijo.
Si tenéis algún tesoro
en sus muros escondido,
sacadle sin dilación.

BERNARDA
(Aparte.) (Me inquieta.) Ya sé el peligro.
Quedad con Dios.

ORDOÑO
Anochece,
y en el lúgubre recinto
del templo desmantelado,
quizá tengáis un poquito
de pavor.

BERNARDA
No creáis tal.

ORDOÑO
Con mi compañía os brindo
para...

BERNARDA
Gracias.

ORDOÑO
Ha de ser.

BERNARDA
Si ello ha de ser, no replico.
Venid. (Aparte. Si no recelara.)

ORDOÑO
Vamos. (Aparte. Haré buen registro.) (Vase.)

Escena IX

SANCHO, TOIDA y NEFTALÍ, en la torre.

TOIDA
Es pieza más ventilada.

NEFTALÍ
Estaréis aquí mejor.

TOIDA
El mercader es doctor
que sabe...

SANCHO
Mal empleada
está en curarme su ciencia:
no de su triunfo se loe,
porque la fiebre que roe
mi corazón, es dolencia
sin remedio, Neftalí.

NEFTALÍ
Si fuere mi auxilio vano,
imploradle de la mano
del gran Dios de Sinaí.

TOIDA
Dice bien; que es algo feo
que un valiente así se explique,

y a un cristiano le predique
resignación un hebreo.

SANCHO

¡Por un infame vendido,
por una ingrata olvidado,
como si fuera un malvado,
en este cuarto escondido!...

TOIDA

Dejad esos pensamientos.

NEFTALÍ

Mil veces, si bien se apura,
suele echar la desventura
de la dicha los cimientos.

SANCHO

Cuando muerto me juzgaron,
y del ataúd me alcé,
¿por qué, Dios mío, por qué
vinieron y me ocultaron?
Fue una mortaja y arena
lo que mi tumba encerró,
sí; pero encima quedó
el baldón de mi condena.
¡Huyo falto de vigor,
entro de noche en Oviedo,
busco a Ordoño, ¡ay!, y no puedo
saciar en él mi rencor!

TOIDA

Se empeñó el Rey en traer
a su palacio a mi tía;
faltó allá la que os ponía
freno, y... adiós, a correr.

NEFTALÍ

Guionos a vuestro lado
un impulso celestial,
al caer en el umbral
de la iglesia desmayado.

TOIDA

Bernarda tuvo el acierto
de venirse con nosotros

aquella noche; que si otros
os hubieran descubierto...

SANCHO

Me librasteis de morir,
lo sé: vida me habéis dado;
mas para un desventurado,
¿qué beneficio es vivir?

Escena X

BERNARDA; dichos.

BERNARDA

(Aparte al salir.) A la calle le envié,
y va sin que nada note:
para que no se alborote
Sancho, disimularé.
Una noticia importante (Al Conde.)
que es forzoso que sepáis,
me han dado. -Sobrino, ¿vais
a derribar al instante
este edificio desierto,
que asilo al Conde le presta?

TOIDA

El Rey siempre me molesta
con instancias.

BERNARDA

¿Con que es cierto?
Señor Conde, ya lo oís.
¿Podréis regir un caballo?

SANCHO

Mejor dicen que me hallo;
pero...

BERNARDA

¿Por qué no partís?
¿Por qué habéis de consumiros
en tan amargo despecho?
¿No tengo yo algún derecho,
Conde, para persuadiros

lo que os conviene?

SANCHO

Bernarda,
sé que os expongo a los tres;
pero tú sabes quién es
quien mi partida retarda.

NEFTALÍ

Dejémosla que se entienda
(Aparte a TOIDA, y ambos se retiran.)
sola con él.

BERNARDA

No me atrevo,
señor, lo digo de nuevo:
es fuerza que se sorprenda
Jimena mucho, si os ve.

SANCHO

Que sufra.

BERNARDA

Una reflexión.
No siendo su corazón
vuestro ya...

SANCHO

¿Cuándo lo fue?
Sólo yo pude pensar
¡insensato! que nacida
de un monarca fratricida,
Jimena pudiese amar.

BERNARDA

Hacéis un cruel ultraje
a su virtud.

SANCHO

¡Su virtud!
Si lleva la ingratitud
en la sangre su linaje.

BERNARDA

Conde, mirad que esa raza
tiene sangre que me toca,

y al injuriarla esa boca,
mereciera una mordaza.
El ingrato aquí sois vos,
que me estáis atormentando:
yo, por quien vivís, yo mando
que me habléis bien de los dos.

SANCHO

¡Generosa recompensa
le debo a la noble dama,
cuando ve que se me infama
y no sale a mi defensa!
Ella debe de guardar
en su poder un escrito,
que del soñado delito
me pudiera vindicar;
y aunque sabe mi inocencia,
dejó sobre mi memoria
caer la afrenta notoria
de una bárbara sentencia.
Mas yo comprendo el motivo.
Sí: por Ordoño ha callado.
Le ama, y ha sacrificado
el rival difunto al vivo.

BERNARDA

Si os dije...

SANCHO

Bien lo denota
la repugnancia que siente
a ver ceñida su frente
con el velo de devota.
No tienes que disculparla.

BERNARDA

Y aunque la infanta quisiera
a Ordoño u otro cualquiera,
¿de qué podéis acusarla?
Si aquella tarde de otoño
quedasteis por ella ciego,
¿por qué pretendisteis luego
emparentar con Ordoño?

SANCHO

Calla, imprudente, que ignoras

la rabia que en mí despiertas.
Ábreme luego esas puertas,
de mi oprobio encubridoras.
Poco el salir me embaraza
como estoy, sin un acero:
se le arrancaré al primero
que atraviese por la plaza;
y en alas del frenesí
que mi sentido enajena,
iré y quitaré a Jimena
la carta que la escribí,
y en la hoja la pondré
de un puñal, y por padrón
de infamia, en el corazón
de Ordoño la clavaré;
que defensa darán, harta
para destruir mi mengua,
muda de Ordoño la lengua
y acusándole la carta.

BERNARDA

(Aparte.) Es capaz de ejecutarlo.

SANCHO

Yo pagaré la merced
que te debo. Adiós.
(Encaminándose a la puerta.)

BERNARDA

Tened.
Ya que no puedo evitarlo,
me resuelvo a daros gusto.
Veréis a Jimena.

SANCHO

¡Oh gozo!
Falleciera de alborozo.

BERNARDA

Y tal vez ella de susto,
si no le aviso con tiento.

SANCHO

¡Oh!, parte, no te detengas,
pon cuidado en tus arengas,
y no la des sentimiento,

y sé breve. -¿En qué paraje
la veré? ¿Cuándo ha de ser?

BERNARDA

Ahora al anochecer,
cuando, como suele, baje
a rezar sobre la losa
de su padre.

SANCHO

¿Al templo? ¿Aquí?
¡Tan cerca, y no percibí
las pisadas de mi hermosa!

BERNARDA

Yo la suelo acompañar.
Os escondéis en lo oscuro,
y cuando podáis seguro
hablarla, os iré a llamar.

SANCHO

¡Voy a verla! Me acobardo...
No, que sabrá la falsía
del rival que me vendía.
Ven pronto.

BERNARDA

Voy.

SANCHO

Allí aguardo. (Vanse.)

Escena XI

JIMENA, ORDOÑO; dos Dueñas y dos Pajes con hachas, todos en la galería.

JIMENA

Llegar hasta aquí permito;
más allá no lo consiento.

ORDOÑO

Nunca falta impedimento
cuando hablaros necesito.

JIMENA

¿Qué me queréis?

ORDOÑO

¡Ah señora!

Que recordarais el día
que os vi en aquella alquería,
vestida de labradora.

JIMENA

Con fácil condescendencia
me hallaréis a vuestro ruego,
que los lances de Subrego
los recuerdo con frecuencia.

ORDOÑO

Si de vuestra indignación
tal vez provoqué el suplicio,
me valdré de aquel servicio
para obtener el perdón.

JIMENA

Aunque no lo divulgué
por más de un justo respeto,
ya con usura en secreto
esa merced os pagué.
Me encontrasteis fugitiva
en poder de unos soldados
que, de orden vuestra apostados,
hiciéronme su cautiva.
Llegasteis haciendo muestra
de obsequioso rendimiento,
con el rostro amarillento,
manchada en sangre la diestra;
y aunque la sangrienta mano
me dio terrible pesar,
de ella me dejé llevar
a los brazos de mi hermano.
Borrar con aquella hazaña
quisisteis unos errores,
y hacer que otros, aún mayores,
no salieran a campaña.
Se cumplió vuestro deseo,
y mi corazón confuso
adoró lo que dispuso
el Dios, a quien amo y creo.

Con testimonios bien claros
os pude entonces perder;
pero yo quise tener
un servicio que alegraros.
Y pues, a lo que imagino,
la ocasión propia llegó,
mirad lo que el Rey no vio:
mirad ese pergamino.

(Saca de la escarcela la carta de SANCHO, y se la presenta a ORDOÑO desplegada.)

ORDOÑO
(Aparte.) ¡Cielos!, debí de borrar
otro equivocadamente.

JIMENA
¿Calláis? Luego es evidente...

ORDOÑO
Que os dejo continüar.

JIMENA
Sancho aquí por jefe os pone
del pasado desconcierto;
Sancho lo dice... ¡y ha muerto!
La razón ya se supone.
Vos me buscasteis a mí...

ORDOÑO
Para mostraros mi ley,
para entregaros al Rey.

JIMENA
Yo me lo persuado así;
pero ya, según justicia,
creo que os he satisfecho
callando lo que habéis hecho
en mi favor en Galicia.
Y si estimáis un aviso,
guardaos de recordar
lo que trato de olvidar
porque así el cielo lo quiso.

(Esforzándose a disimular el sentimiento con la cólera.)

Prevenid la ira y sonrojos

que en mí la memoria labra,
o yo con una palabra
os haré bajar los ojos.

ORDOÑO

¡Me amenazáis... y se trunca
vuestra voz entre suspiros!

JIMENA

Tanto me cuesta el oíros.
No volváis a verme nunca.
(Vase, y síguenla las dueñas y los pajes.)

Escena XII

ORDOÑO, y después ALFONSO y SILO.

ORDOÑO

¿Que nunca la vuelva a ver?
Os veré, bella enojada;
pero será cuando nada
tenga de vos que temer.
Preciso es que me apodere
de la carta. (Salen ALFONSO y SILO.)

ALFONSO

Silo, estoy
de prisa; a la iglesia voy
a orar: sea la que fuere,
decid a Ordoño la urgencia.

SILO

A vos.

ORDOÑO

¿No fiáis de mí?

SILO

¿Quién reina?

ORDOÑO

¡Oh!, yo no.

ALFONSO

Yo sí.

SILO

A vos toca darme audiencia.

ALFONSO

La doy.

ORDOÑO

¡Bondad sin ejemplo!

SILO

Que salga, y después alabe.

ALFONSO

Salid.

ORDOÑO

Voy. (Aparte. Cogí una llave
a Bernarda: torno al templo.) (Vase.)

Escena XIII

ALFONSO, SILO.

ALFONSO

¿Qué es ello?

SILO

Yo he procedido
con vos como un desalmado,
y vos me habéis perdonado.

ALFONSO

Eso es...

SILO

Notorio y sabido,
no hay duda; mas viene a cuento
para añadir que sería
un vil yo, si ver no hacía
pronto mi agradecimiento.

ALFONSO

Muy bien.

SILO

Pues, señor, salí
de aquí con harto bochorno,
y paseándome en torno
de la iglesia, hablar oí.

ALFONSO

¿Dentro del templo?

SILO

En un cuarto
de la torre; me da gana
de escuchar a la ventana,
llego, oigo, miro... y me aparto
al punto con tal asombro,
que os juro sentí en el cuello
erizárseme el cabello,
retirándose del hombro.

ALFONSO

¿Quién pudo rendir tu brío
con sólo el aspecto suyo?

SILO

¿Quién? Un enemigo...

ALFONSO

¿Tuyo?

SILO

Es vuestro, de Ordoño y mío.

ALFONSO

¿Algún conjurado?

SILO

Pues,
que allí aguarda por ventura
favorable coyuntura
para acabar con los tres.

ALFONSO

Has obrado cuerdamente
en hablar conmigo solo.

SILO

En ese escondite hay dolo,
y el peligro es inminente,
porque el refugiado es hombre
capaz...

ALFONSO

¡Silencio profundo!

SILO

Sabed que es...

ALFONSO

A todo el mundo
has de ocultar ese nombre.

SILO

¿Ya dais en quién puede ser?
(Aparte. Este Rey no tiene precio.)

ALFONSO

(Aparte.) (Aún no ha comprendido el necio
que no lo quiero saber.)
Te nombro por la lealtad
que en guardar mi vida pones,
alcaide de las prisiones
de palacio.

SILO

Descuidad.
No ha de escapárseme reo,
poniéndole yo entre barras.

ALFONSO

A tu enemigo...

SILO

A mis garras
venir a parar le veo.
Daré de mi celo pruebas.

ALFONSO

Le buscas.

SILO

Bien.

ALFONSO
Llevarás...

SILO
Espada.

ALFONSO
Estará de más.

SILO
Él no la tiene.

ALFONSO
La llevas.
Te daré, como a hombre fiel,
un bolsillo.

SILO
Recibí
uno ya.

ALFONSO
No es para ti
éste.

SILO
Pues ¿es para él?

ALFONSO

SILO
¿Para el escondido?

ALFONSO
Sí.

SILO
Yo creí que era pago...
Y de la espada, ¿qué hago?

ALFONSO
Te llegas muy comedido,
con ella y con el dinero
en la mano, y dices: «Soy

de casa de Alfonso, que hoy
supo de vos, caballero;
y no siendo esa morada
la que hombre cual vos merece,
en el alcázar se ofrece
a daros mejor posada:
pero si vos aceptar
no queréis la franca oferta,
un paje os tiene a la puerta
caballo para viajar;
y este hierro y este oro
os darán, si el caso llega,
favor en una refriega,
y en toda ocasión decoro.
Partid, pues, sin embarazo,
y luego volved acá;
porque si tardáis, irá
el Rey...

SILO

Y os dará...

ALFONSO

Un abrazo.»

SILO

¡Un abrazo! Y yo que quiero
interpretar... ¡Me he lucido!
Vamos, quedo convencido
de que soy un majadero.

Escena XIV

ORDOÑO, que sale de la iglesia; ALFONSO, SILO.

ORDOÑO

(Al Rey.) ¿Aquí estáis? Oíd.

ALFONSO

¿De dónde
venís?

ORDOÑO

Del templo, señor.

He descubierto un traidor
que en esos muros se esconde.
Peligra vuestra corona.

ALFONSO
No tal.

SILO
Bien segura está.
Sabe el Rey el caso ya,
y conoce la persona.

ORDOÑO
¿Cómo?

ALFONSO
(A ORDOÑO.)
Que calléis os pido.
Voy a enviarle a decir
que puede verme, o partir.

(Vase, y síguele SILO.)

ORDOÑO
Si habla con él, soy perdido. (Vase.)

Escena XV (En la torre.)

SANCHO, que trae en brazos a JIMENA, desmayada; BERNARDA, con una luz.

BERNARDA
Colocadla en un asiento.
(Pónenla en una silla.)
En el claustro se quedó
todo el acompañamiento;
nada han visto.

SANCHO
¡Respiró!
Albricias. Cobrad aliento,
señora.

BERNARDA
Prenda del alma,

vuelve en ti.

JIMENA

¡Jesús!, dijera...

(Haciendo ademán como de quien se quiere desasir de una persona.)

¡Qué osadía tan grosera!

BERNARDA

No te fatigues; ten calma.

SANCHO

¡Siempre conmigo severa!

JIMENA

(Mirando al Conde.) Esa voz es conocida.

Habla, habla más, por favor.

SANCHO

Perdona, bien de mi vida.

JIMENA

¿Cómo, estando prevenida,

me asustó mi salvador?

Yo de vos perdón imploro.

SANCHO

¡Ángel del cielo estrellado,

causa de mi eterno lloro!...

JIMENA

¿Vos habéis por mí llorado?

SANCHO

¿Pues no sabes que te adoro?

JIMENA

Acaso en mi turbación

hable yo sin fundamento;

mas tengo en el corazón

la nueva de un casamiento,

la herida de una traición.

Y a no ser hoy liviandad,

quizá os dijera con ira

que os culpan de falsedad

palabras que son mentira

y acciones que son verdad.

(BERNARDA se retira.)

SANCHO

A escuchar hoy me resigno
con la humildad que otras veces
quejas de que no soy digno,
ya que un labio tan benigno
todo es para mí esquivaces.
Fue, cuando allá en la quietud
de un aposento enlutado
me dio el Señor la salud,
y me encontré abandonado,
tendido en un ataúd,
fue el pensamiento primero
que el alma supo formar,
pedir al Dios verdadero
que me dejase llegar
a decir cuánto te quiero.
Porque yo, luz de mis ojos,
que te di sin conocerte
vida y alma por despojos,
y sentí más que la muerte
ocasionar tus enojos,
yo no entendía que hubiera
mayor dicha, mayor bien,
que vivir hasta que viera
mi amada la fe sincera
del que llora su desdén.
Aunque adorarte es delito
que puede costarme caro,
mi amor, Jimena, es tan raro,
que tú infanta y yo proscrito,
yo ni en ti ni en mí reparo.
Media un abismo sin fin
entre ambos; pero en ti yo
sólo miro el serafín
cuya luz me deslumbró
hace un año en el jardín.
¡Ay!, en aquel paraíso
donde fe pura y ardiente
juró mi labio sumiso,
resbalando por el piso
nos sorprendió la serpiente.
Una mujer, una espía
por Ordoño asalariada,

nos miraba, nos oía.

JIMENA

(Aparte.) ¡Y respeté a la malvada,
cielos, cuando me vendía!

SANCHO

Ese vil calumniador,
aborto de los infiernos,
hizo cundir el rumor
de que intentaba vendernos
tu hermano al Emperador;
y contra mi sencillez
de soldado, hicieron liga
dos monstruos de avilantez,
y me pareció su intriga
empresa de honor y prez.
Logró Floresinda echar
a mi cuello una cadena
que no supe rechazar;
sí. -Yo tenía que amar,
y no encontré a mi Jimena.

JIMENA

Sólo de Ordoño el acento
en mi pecho despertaba
desdén y pesar violento,
y yo capricho juzgaba
lo que era presentimiento.
Mas ya vengo a comprender
que a la invencible aversión
hacía bien en ceder,
pues hizo mi corazón
justicia en aborrecer.

SANCHO

¿Tú le aborreces? ¿Es cierto?

JIMENA

Ya a perdonarle me inclino.
Ayer os juzgaba muerto,
y él era vuestro asesino.

SANCHO

¡Yo no sé si estoy despierto!
Mas no: todo es ilusión

de que es tiempo que despierte,
pues me dice la razón
qué poco sintió mi muerte
quien permitió mi baldón.
Al Rey le debiste osada
poner mi pliego en la mano.

JIMENA

Y al verme en llanto anegada,
¿qué hubiera en tal abogada,
qué hubiera visto mi hermano?

SANCHO

Será mucho presumir;
pero en esos ojos noto...
Di, por Dios...

JIMENA

¿Qué he de decir,
si el labio me cierra un voto
que tengo a Dios que cumplir?

SANCHO

¿Qué amante ese voto hace?

JIMENA

¿Y qué celosa deslinda
si es bien que al altar se abrace?
Yo supe el funesto enlace
tratado con Floresinda.
Tiempo es de que reflexiones,
tú que con tal arrogancia
me hiciste reconvenciones,
que de ti tomé lecciones
de perfidia, de inconstancia.
Tú, con dejarme de ver,
dejaste en mí de pensar,
y quisiste otra mujer;
yo no te debí querer,
y no te pude olvidar.

SANCHO

¡Qué oigo!

JIMENA

En esta confesión,

Conde, sólo tienen parte
mi decoro y mi opinión,
porque tengo que anunciarte...

SANCHO

¿Qué?

JIMENA

Nuestra separación.
Ser del Señor ofrecí,
si de un riesgo me salvaba,
y al punto libre me vi:
ya del Señor soy esclava,
pues hizo lo que pedí.
Contra la suerte luchamos,
y no hay poder que esclavice
tal poder. -Sancho, cedamos.
Conspiraste, y votos hice:
no es dable que nos unamos.

SANCHO

¡Separarnos, cuando afable
tu rostro vine a mirar!
Mas ¿qué tengo que extrañar?
Soy un reo miserable:
nos debemos separar.

JIMENA

¡Ingrato! Mi triste duelo
podrás hacer que se aumente;
pero yo tendré el consuelo
de haber cumplido igualmente
con el hombre y con el cielo.
Yo te justificaré,
para que cobres tu honor;
yo a mi hermano le diré
que si conspiraste, fue
para servirle mejor.
Aquí es fácil que te vean,
y tu carta es de tal suerte,
que más habrá de valerte,
si yo logro que me crean
y no se duda tu muerte.
Parte a Castilla, y después
de absuelto, podrás sin miedo
descubrirte donde estés;

mas no pongas en Oviedo
en mucho tiempo los pies.
Disimular no sabrás
tu pasión, por más que hicieres;
y si mi hermano quizás
adivina que me quieres,
no te perdona jamás.
Renuncia esperanzas vanas,
y acometiendo las villas
a la frontera cercanas,
envíanos a gavillas
las banderas africanas;
y un grito de admiración
a cada instante una nueva
traiga de mi campeón,
de la margen del Carrión
hasta la orilla del Deva;
y deme yo el parabién
si con tierno lloro mancho
el velo que orne mi sien:
sabré que si quiero a Sancho,
que si le adoro, hago bien.

SANCHO

No prosigas de esa suerte,
que al mirar tanto heroísmo
se hace mi pasión más fuerte,
pues conozco por lo mismo
cuánto pierdo con perderte.
No hagas caso del dolor
a que ves que me rendí:
ya me grita el pundonor
que si no tengo valor,
no seré digno de ti.
Bien: partiré, viviremos
en diferente lugar,
en apartados extremos;
por apartados que estemos,
al fin nos hemos de hallar.
Rival que mi fe venera,
gozará en ti señorío
de duración pasajera:
sólo a Dios yo le sufriera
que me robe tu albedrío.
Pero la Suma Bondad
bien querrá favorecernos

acortando nuestra edad,
para dejarnos querernos
por toda una eternidad.
Di, pues, cuándo partiré,
aunque el corazón me tronces.

JIMENA
Con la aurora.

SANCHO
¿Volveré
a verte?

JIMENA
Recibiré
tu abrazo segundo entonces.

SANCHO
¿El segundo?

JIMENA
¿Cuál intento
fue el que esta noche tuviste,
que al entrar tan desatento
en la capilla, me hiciste
perder el conocimiento?

SANCHO
¡Jimena!

JIMENA
¡Tú con el manto
la cara de mí ocultar
cuando hacia ti me adelanto,
y para mayor espanto
la única luz apagar!

SANCHO
¡Jimena!

JIMENA
¡Un rapto! ¿Qué furias
te hicieron desatender
los fueros de una mujer?
¡Robar la Infanta de Asturias!
Quien ama, no ha de ofender.

SANCHO

¿Yo robarte? ¿Qué demencia
te asalta? ¿Cuándo me oíste?...

JIMENA

Silencioso a mí viniste;
que te acusó la conciencia
y por eso enmudeciste.

SANCHO

Aguarda, Jimena, aguarda,
que ya un odioso recelo
todo el pecho me acobarda.
Mira que te hallé en el suelo
cuando llegué con Bernarda.

JIMENA

¡Dios mío!

SANCHO

Mira que hallamos
en tinieblas la capilla;
mira que los dos te alzamos;
mira que mi fe sencilla
te respetó siempre.

JIMENA

¡Estamos
ya descubiertos!

SANCHO

¿Qué ha sido?

JIMENA

Sí, cuando yo sola estaba,
y trémula te aguardaba,
allí un hombre ha parecido.

SANCHO

Sus señas, su porte: acaba.

Escena XVI

BERNARDA, JIMENA, SANCHO.

BERNARDA

Señora, vamos corriendo,
que el Rey os viene a buscar
extrañando la tardanza,
y tengo un susto mortal.
Me falta una llave: Ordoño
me la debió de quitar,
y puede entrar en la iglesia.

JIMENA

¡Él entró sin duda ya!

SANCHO

¡Ordoño!

JIMENA

Huyamos.

SANCHO

Escucha.

Escena XVII

ALFONSO, ORDOÑO, SILO y Soldados, en la galería; SANCHO, JIMENA y BERNARDA, en el cuarto de la torre.

ALFONSO

(A ORDOÑO.) Vos esta puerta guardad.
(Aparte. ¡Sancho y Jimena en el templo!)

JIMENA

Adiós: luego me verás. (Vase con BERNARDA.)

ALFONSO

Vosotros conmigo.

(Pasa con algunos soldados a la iglesia.)

SANCHO

Voy
a matar a mi rival
donde quiera que le encuentre. (Vase.)

ORDOÑO

Las lanternas ocultad.
Silo, que serváis al Rey.

SILO

A él, sí; pero nadie más.

JIMENA

(Dentro.) ¡Socorro!, ¡favor!

BERNARDA

(Dentro.) ¡Socorro!

SANCHO

Ya tengo con que lidiar.

(Saliendo a la galería con una espada en la mano, defendiéndose de los soldados que le acosan.)

Venid. -¡Ordoño! (Se encamina a él.)

ORDOÑO

Prendedle.

ALFONSO

Prended a ese desleal.

(Volviendo a la galería con JIMENA de la mano.)

JIMENA

No es desleal: en mi mano
su vindicación está.
Conde, soltad esa espada,
que no la necesitáis. (La entrega el Conde.)

ALFONSO

¿Por qué te hablaba ese aleve?

JIMENA

Porque viene a reclamar
un escrito que en Galicia
me confió. Escucha y haz
justicia. (Abriendo la escarcela.)

ORDOÑO

Ved el escrito;
sí, vedle.

JIMENA
¡Dios de piedad!
¡Me le han robado!

SANCHO
Ese infame...

ALFONSO
Basta. Silo, sepultad
al villano usurpador
de la corona real
en el más ruin calabozo
que a un esclavo se le da.

JIMENA
Respétese su fuero.

ALFONSO
Le degradó un tribunal.

SANCHO
Me sentenció sin oírme.

ALFONSO
Llévadle atado: acabad.

JIMENA
Eso no. Sancho es mi esposo:
tratádmelo como tal.

ACTO TERCERO

Sala del palacio de ALFONSO. Una mesa con recado de escribir. Algunas armaduras colgadas del muro. Una puerta a cada lado.

Escena I

ALFONSO, sentado cerca de la mesa; BERNARDA, TOIDA y NEFTALÍ, que salen conducidos por SILO.

SILO

Ordoño, si dais licencia,
se os quisiera presentar
después de acabado el juicio.

ALFONSO

¿Cómo se defiende?

SILO

Mal;
pero niega bien.

ALFONSO

¿Y el Conde?

SILO

O no dice la verdad,
o yo no sé conocerla,
o él no la puede probar.

ALFONSO

Traed a Ordoño al volverle
a la prisión.

SILO

Bien está. (Vase.)

TOIDA

Los jueces nos encomiendan,
señor, a vuestra piedad.
Perdonadnos. (Arrodíllanse TOIDA y NEFTALÍ.)

NEFTALÍ

¡Perdonadnos!

TOIDA

Tía, ¿no os arrodilláis
con nosotros?

BERNARDA

No pequé:
no tengo por qué rogar.

ALFONSO

¿Por qué habéis favorecido

a mi enemigo mortal?

NEFTALÍ
Era un joven...

TOIDA
Un guerrero.

NEFTALÍ
Y quisimos imitar
vuestro ejemplo.

TOIDA
Recordamos
con qué magnanimidad
les disteis a los rebeldes
amnistía general.

ALFONSO
A él no.

TOIDA
Ya; pero nosotros
dijimos: por uno más...

NEFTALÍ
Bernarda, señor, que os tiene
un cariño maternal
a vos y a Jimena, dijo...

BERNARDA
Que era su deber salvar
a un huésped suyo.

NEFTALÍ
Que el Conde,
aunque conoció el disfraz
de la Infanta allá en Galicia,
se portó noble...

ALFONSO
Y galán;
decidlo: es su amante.

TOIDA
Y bien:

¿por qué lo hemos de negar,
si ya la vida del Conde,
mediando respeto tal,
nos debió de parecer
sagrada?

NEFTALÍ
Considerad
que nuestro amor a Jimena
socorro nos hizo dar
al Conde, y por ella diéramos
la vida.

ALFONSO
Libres estáis.

BERNARDA
¡Ah señor!

(Queriéndose arrodillar con TOIDA y NEFTALÍ.)

ALFONSO
Hicisteis bien.

TOIDA
Mi sangre...

NEFTALÍ
Mi oro...

ALFONSO
Marchad.
(Vanse BERNARDA, TOIDA y NEFTALÍ.)

Escena II

SILO, ORDOÑO, ALFONSO.

SILO
Aquí está el reo: uno de ellos
quise decir.

ORDOÑO
¡Silo!

SILO

¡Bah!

¿Quién no le sufre a un amigo
una familiaridad?

ALFONSO

Dejadnos solos.

SILO

Entonces

permitidme colocar
centinelas a las puertas,
porque a mí me pedirán
el preso, si se me fuga
por una casualidad.

ALFONSO

Cumplid vuestra obligación,
que él la suya cumplirá. (Vase SILO.)

Escena III

ALFONSO, ORDOÑO.

ALFONSO

¿Os han sentenciado?

ORDOÑO

Sí.

ALFONSO

¿A qué?

ORDOÑO

A perder mi caudal
y a destierro.

ALFONSO

No esperé
yo tanta severidad.

ORDOÑO

Yo sí: os lo dije.

ALFONSO
¿Y a Sancho?

ORDOÑO
A lo que era de esperar,
se confirma la sentencia
de antes: pena capital
e infamia. Dentro de poco
os traerán a firmar
ambos fallos; para mí
hay una distinción.

ALFONSO
¿Cuál?

ORDOÑO
En vista de mis servicios,
y de que vuestra bondad
me tenía perdonado,
una súplica eficaz
en mi favor os dirigen.

ALFONSO
Bien: atendida será.
Si he permitido a los jueces,
por no mostrarme parcial,
que os prendieran, mi palabra
no debe volver atrás.
Conservaréis vuestra hacienda.

ORDOÑO
Gracias.

ALFONSO
Con sinceridad
os declaro que no puedo
concederos que sigáis
de Conde de los notarios,
por la grande enemistad
que ha mostrado en este juicio
una parte principal
de los nobles hacia vos.

ORDOÑO
Conspiraron a la par

conmigo; nada alcanzaron,
y yo sí: era natural
que a la primera ocasión
me quisieran derribar.
Luego, Sancho (yo confieso,
señor, mi temeridad)
me ha acusado de un delito
que a vos no debo negar.

ALFONSO
¡Cómo!

ORDOÑO
Compasión imploro:
es cierto, fui su rival.

ALFONSO
¡Tú amas a Jimena, tú
también!

ORDOÑO
Muchos años ha.

ALFONSO
¿Y no has temblado al hacerme
revelación tan audaz?
¡Un enemigo, un traidor,
sus pensamientos alzar
hasta la hermana de aquél
que entre ignominia y afán
hoy viviera desterrado
lejos del suelo natal,
si no hubiera una justicia
que abatiese la maldad!

ORDOÑO
Señor...

ALFONSO
¿Qué jueces son esos
que no saben despojar
el corazón de un culpado
de todo velo falaz?
¡Muerte a Sancho, a vos destierro,
y ser el delito igual!
Porque ya la acusación

que no ha podido probar
el Conde, para mí queda
convertida en realidad,
pues un rival de la especie
que vos, de todo es capaz.

ORDOÑO

¡Ah!, quien ama, y años y años
tiene su amor que callar,
porque ve que sus suspiros
aversión excitarán,
¿cómo no ha de aborrecer
de muerte al hombre fatal
que le usurpa una ventura
que ya no espera jamás?
Vos, que por una excepción,
harto digna de envidiar,
tranquilo entráis en los años
de la varonil edad
sin haber sentido celos
ni saber lo que es amar,
achacaréis a delito
lo que es infelicidad;
y no podréis entenderme,
y aun oírme os cansará,
porque juez que nunca erró
no acostumbra perdonar.
A las flaquezas ajenas
las propias disculpas dan;
y vos, que absoluto imperio
en vuestro pecho gozáis,
que a vuestro querer las olas
le detenéis a ese mar,
que lleváis a la razón
sujeta la voluntad,
y miráis una hermosura
cual un busto de metal,
vos ¡ah!, no podéis en mí
vuestro retrato mirar.

ALFONSO

¿Quién os ha dicho que yo
no pagué a la humanidad
el tributo que ninguno
debe ni puede negar?

ORDOÑO

Pero si habéis una vez
amado vos, confesad
que habrá sido sin tener
imposibles que allanar.

ALFONSO

¡Imposibles!

ORDOÑO

No habréis sido
el testigo presencial
y continuo de las gracias
nacientes de una beldad;
no la habréis visto, capullo
escondido en el rosal,
crecer, sus hojas abrir,
y lozano derramar
en las auras el aroma
de su cáliz virginal;
no habréis sentido el horrible
tormento de codiciar
una prenda que no había
de ser para vos.

ALFONSO

Cesad.

ORDOÑO

No habréis querido a una joven,
que os escuchara jovial
como deuda, que os tuviese
deferencia y amistad,
y os hubiera aborrecido
en llegando a sospechar
que por ella vuestro pecho
ardía en llama voraz.
¡Alfonso! ¡Dichoso vos,
dichoso os vuelvo a llamar,
que de amor no habéis sufrido
la dura cautividad!

ALFONSO

Ordoño...

ORDOÑO

Compadecednos,
y no dudéis que será
horroroso padecer
y no poderse quejar.

ALFONSO
¡Qué! ¿Nunca habéis roto vos
ese silencio tenaz?

ORDOÑO
Quise atreverme una vez;
mas al quererme explicar,
me atajaron los enojos
de la rígida beldad.

ALFONSO
Si ella os castigó por eso,
no os debo yo castigar.

Escena IV

BERNARDA, LUPO, ALFONSO, ORDOÑO.

BERNARDA
Señor, la Infanta me envía
a pedir que permitáis
que os vea ya.

ALFONSO
Sí: mandé
que no me pudiese hablar
mientras no se sentenciara
esa causa, y ya lo está.
Que venga. (Vase BERNARDA.)

LUPO
Os presento aquí
los fallos del tribunal.

ALFONSO
Los veré. Llamad a Silo. (Vase LUPO.)

ORDOÑO
(Aparte.) Amansó la tempestad.

Echada está la semilla;
su fruto producirá. (Sale SILO.)

ALFONSO

Llevad a Ordoño a la torre, (A SILO.)
y vos mi firma esperad. (A ORDOÑO.)

SILO

(A ORDOÑO.) Vamos.

ORDOÑO

De un grave negocio

(Aparte a SILO al irse.)

me importa conferenciar
con Bernarda al punto: creo
que tú la permitirás
que venga a la cárcel.

SILO

¡Oh!

No tengo dificultad.

(Vanse ORDOÑO y SILO.)

Escena V

JIMENA, ALFONSO.

JIMENA

Ya que hoy el entredicho se levanta
que en medio de los dos vuestra ley puso,
fuerza será que me escuchéis. No intento
quejarme ya del abandono duro
que por tres días padecí...

ALFONSO

Jimena,

Jimena, perdonad si os interrumpo.
El Rey de su presencia os alejaba;
pero el hermano sin cesar estuvo
viendo a su hermana, por angosto hueco
disimulado en el macizo muro

que cerca esa mansión.

JIMENA

¿Tú me veías?

ALFONSO

Te vi, te vi, de admiración confuso,
llanto afrentoso derramar, y al cielo
dirigir ayes de dolor espurio;
y la vergüenza que de ti me daba,
tan sola fue la que impedirme pudo
que corriese a decir: «Ven, mi Jimena,
vierte en mi seno la aflicción del tuyo.»

JIMENA

¡Ah!, me queda un hermano todavía;
todavía no estoy sola en el mundo.

ALFONSO

¿Qué quieres de tu Alfonso?

JIMENA

Que no extrañe:
si por un desdichado le pregunto,
y su sentencia me revele: a todos
con iguales palabras importuno,
y en respuesta me dan vaga esperanza
con labio alegre y con semblante mustio.
¿Qué falló el tribunal?

ALFONSO

Míralo.

(Dándole la sentencia del Conde.)

JIMENA

¡Muerte!
¡Y a Ordoño Sancho confundir no supo!

ALFONSO

¿Con qué pruebas?

JIMENA

¡Ay Dios!, no recordaba
que fuera allí mi testimonio nulo,
a tenerle que dar. A ti, que sabes

que es incapaz mi boca de un perjurio;
a ti, que puedes la cruel sentencia
deshacer con un rasgo de tu puño,
por esta cruz del sacrosanto leño

(Poniendo la mano sobre la que lleva al cuello.)

la inocencia de Sancho afirmo y juro.
Él en Galicia me entregó una carta,
y en ella el plan del bárbaro tumulto
por Ordoño su autor; y el vil Ordoño,
a favor luego del horrible susto
que mis sentidos embargó un instante,
medio de recobrar el pliego tuvo.
Falte a mis ojos la celeste lumbre,
si a Ordoño en algo sin verdad acuso.

ALFONSO

¡Crédula! Tus palabras son el eco
de la pérfida voz que te sedujo.
Alzarse contra mí, y a los halagos
de mi hermana aspirar, era un insulto
que tú no habías de sufrir; el Conde
para evitar tu cólera, supuso
la carta que perdiste, y a mostrarla,
se volviera tal vez en daño suyo.

JIMENA

¡Ah!, ¡qué mal le conoces!

ALFONSO

A sus jueces
remito mi opinión. Mas ¿qué disputo?
¿Puedes negarme que estalló en su nombre
la rebelión que de mi trono augusto
con furor me lanzó? ¿Puedes negarme
que entre ruidosos vítores del vulgo
fue proclamado Rey, mientras corría
tras mí con una tropa de verdugos?
Si fue leal a mi persona el Conde,
¿por qué con tan extraño disimulo
los lazos ocultó que me tendían,
y ayudó a los rebeldes para el triunfo?

JIMENA

Pide sagacidad al cortesano

en las marañas áulicas maduro;
que un joven de Castilla sólo sabe
con sangre de Ismael hacer fecundo
el nativo confín. Ordoño, Ufila,
cuantos crédito dieron al absurdo
rumor del vasallaje a Carlomagno,
reos son como Sancho, y a ninguno
quisiste castigar.

ALFONSO

Por eso es fuerza,
si el reino quiero mantener seguro,
un escarmiento hacer. Yo no buscaba
la víctima; su estrella la condujo
aquí; la ley sobre su cuello pide
que hiera; hiero: mis deberes cumplo.

JIMENA

¡Cielos! Y Ordoño en tanto...

ALFONSO

Yo no puedo
distinguir el malvado del iluso.
Ni Ordoño, ni otros ciento de mi corte,
que son cobardes aunque son astutos,
conspirarán jamás, a no ofrecerles
el Conde su valor. Muy útil juzgo
que la ambiciosa juventud aprenda,
viendo a Sancho morir, cuál es el fruto
de la imprudencia y la traición.

JIMENA

¡Ingrato!
El Conde libertarte se propuso.

ALFONSO

Perfidia doble: pues a dos vendía,
tome venganza por los dos el uno.

JIMENA

¡Sancho, Sancho morir! Es imposible
que puedas tú pensar lo que iracundo
tu labio dice sin querer. ¿Olvidas
que yo le tengo amor?

ALFONSO

Ése es un hurto
que haces a Dios, a quien te liga un voto.

JIMENA

Yo lo quise cumplir, aunque me indujo
a formar el pesar, más que el deseo
de que tuviera fin nuestro infortunio.
Aquella noche que prendiste a Sancho,
noche cubierta para mí de luto,
¿sabes cuál fue la ley que irrevocable
mi varonil resolución le impuso?
La de alejarse para nunca verme,
la de morir por libertar del yugo
musulmán españoles, que aumentaran
fuerzas a tu poder, glorias al culto.
Esto me prometió, y esto cumpliera,
sin el lance fatal que le detuvo.

ALFONSO

¿Cómo al verme después, se convirtieron
tan bizarros propósitos en humo?

JIMENA

Tú quisiste en mi amado envilecerme,
y eso jamás lo sufrirá mi orgullo.

ALFONSO

Lo tendrá que sufrir. La decantada
separación entiendo, el fin descubro.
Esperabas que al Conde sus proezas
engrandecieran a tan alto punto,
que pudiese pedir tu mano en premio,
y en mí negarla pareciera injusto.
Acaso calculasteis los azares
de la guerra también, a que conduzco
mi nación hasta hoy adormecida,
y os prometisteis el aciago nudo
estrechar algún día, siendo el ara
de esa unión que detesto, mi sepulcro.
No, que te hará otra tumba con oprobio
buscar en una celda tu refugio.

JIMENA

Se estrechará, se estrechará primero
esa unión infeliz, contra tu gusto.
De mi voto el prelado me dispensa,

y esposa puedo ser; niega el indulto
a Sancho, manda que su sangre corra:
mujer que a costa de su honor sostuvo
que era esposa de un hombre, ya es forzoso
que la mano le dé.

ALFONSO
Será difunto
un instante después.

JIMENA
Sancho del golpe,
yo de la pena, moriremos juntos.

ALFONSO
¡Cuánto le ama, oh Dios!

JIMENA
¿Que si le amo?
Tú no lo puedes comprender, y dudo
si yo misma hasta aquí supe que fuese
mi amor tan entrañable como puro.
Pocos instantes por la vez primera
le hablé cuando la suerte le condujo
al vergel cuya cerca levantaban;
pocos instantes, que cortés anduvo
(acaso por demás) en retirarse
cuando vio mi desdén sobrado adusto;
y sin embargo, sus palabras fueron
por todo un año mi placer, mi estudio,
mi continua ilusión. En nuestra fuga
veloz, en medio del peligro sumo,
sólo me consolaba el pensamiento
de que siguiera Sancho nuestro rumbo.
¿Que si le amo? Por amarle sólo,
disimulando mi dolor agudo,
que a Saldaña partiera le pedía;
porque le amo, resistí el impulso
de tus iras, al ver que con afrenta
le iban a hundir en calabozo inmundo;
porque le amo, en fin, ves que a tus plantas
de la altivez de Infanta me desnudo,
y te pido piedad, perdón, la vida
de Sancho, que es la mía.

ALFONSO

(Aparte.) (¡Cuánto sufro!)
Levanta.

JIMENA

No, derramaré en el suelo
mi ardiente lloro sin reparo alguno,
aunque a tus pies me vean, y me ahogue
mi sonrojo después.

ALFONSO

(Aparte.) ¿Dónde me oculto?

JIMENA

Tú, benigno con todos, ¿es posible
que con tu hermana rígido y sañudo
sólo vengas a ser? Selo en buen hora.
Yo cedo a tu rigor y no murmuro,
si la víctima soy: muera yo y viva
Sancho.

ALFONSO

¿Por él?...
(Con un violento ademán de cólera.)

JIMENA

Tu rostro furibundo
me anuncia que te enojo con hablarte
de mi amor; está bien: ya le sepulto
en el pecho, ya callo, y me levanto.
No te irrites; mudemos de discurso;
hablemos del cariño que te tengo,
del que me tienes tú: siempre mi escudo
fue mi hermano, mi guía. Alfonso, dime:
con mi fatal pasión, ¿en qué te injurio?
¿Temes acaso que te olvide? Mira:
primero a Sancho. Indúltale, y pronuncio
mi voto. Pero lloras. ¡Ah!, yo venzo.
Naturaleza cobra su tributo.
Vivirá el Conde.

ALFONSO

Vivirá.

JIMENA

Consiente
que mis brazos...

ALFONSO

Aparta. Restituyo
a Sancho sus honores, si le dices...

JIMENA

Habla: ninguna condición rehúso.

ALFONSO

Le dirás, y de modo que lo crea,
para atajar a su ambición el curso,
que se olvide de ti, que no le amas
ni le amaste jamás.

JIMENA

¿Qué es lo que escucho?
¡Yo desmentir mi amor! ¡Mentirle a Sancho!

ALFONSO

Con tu primera falsedad te arguyo.
Mentísteme diciéndote casada;
mentira fue que deshonor produjo:
miéntele al Conde por honor ahora.
O mientes, o perece: no hay efugio.

JIMENA

No morirá, que tu palabra tengo:
la diste y eres Rey.

ALFONSO

Tiembla si abuso
de mi poder, Jimena. Mi mandato
se ha de cumplir.

JIMENA

Tirano sin segundo,
ya te conozco: porque nunca puerta
para el amor en tus entrañas hubo,
de nuestras almas desterrar pretendes
el dulcísimo afecto que no plugo
al cielo coronar. Odio quisiste
sembrar entre nosotros: harto justo
es que recaiga en ti.

ALFONSO

Calla: no digas

que me aborreces, no.

JIMENA

Lo digo, y huyo
de tu presencia.

ALFONSO

Ve, ve a prepararte
para tus bodas, que al momento, al punto
las voy a celebrar; no con el Conde,
no con el Redentor: con un verdugo
cuya vista no más te martirice;
con Ordoño: tus votos oportuno
el prelado anuló. Parte, no temas;
el Conde vivirá, yo lo aseguro.

JIMENA

Un sacrificio que me dé la muerte
será un favor: te lo agradezco mucho. (Vase.)

Escena VI

ALFONSO, y después LUPO.

ALFONSO

Vivirá, vivirá; mas no imagines
que ha de volverte a ver. Fallemos. -¡Lupo!

(Siéntase a la mesa, examina las dos sentencias y toma la de SANCHO.)

La sentencia de Ordoño, la del Conde...

(Sale LUPO.)

(A LUPO.) Aguardad. (Díctase y escribe.)

«Quiero como Rey, en uso
de mi prerrogativa, la sentencia
de muerte mitigar.» Me tiembla el pulso.
«Cárcel perpetua y...» (Sigue escribiendo.)

Escena VII

BERNARDA, ALFONSO, LUPO.

BERNARDA

Necesito hablarle.

(A LUPO desde la puerta.)

LUPO

Ocupado le veis.

ALFONSO

Firmo y concluyo.

(Toma la otra sentencia.)

A Ordoño en libertad.

(Ve a BERNARDA y a LUPO que se le acercan.)

Lejos, espías.

(Sigue escribiendo, firma y sella.)

BERNARDA

(Aparte.) Por Dios, que este despecho tan profundo es un indicio más.

ALFONSO

Tomad: entrambas

(Levantándose y dando a LUPO ambos pliegos.)

sentencias al alcaide, y que no excuso

ni la más leve dilación.

(LUPO va a retirarse, el Rey le detiene y le habla un momento al oído.)

LUPO

Entiendo. (Vase.)

ALFONSO

(Aparte.) No ha de volver a verla: yo lo juro.

Escena VIII

ALFONSO, BERNARDA.

BERNARDA

Quisiera, si no os enoja,
decir...

ALFONSO

¿Alguna mentira?

¿Qué hace Jimena?

BERNARDA

Suspira

de modo que da congoja.

ALFONSO

¿Qué le has oído?

BERNARDA

Enmudece

con empeño pertinaz;

manda que la deje en paz;

replico, y se ensoberbece.

ALFONSO

Su cólera es el castigo

justo de tus libertades.

BERNARDA

Mayores (y no te enfades)

me voy a tomar contigo.

ALFONSO

Soy hombre, y es diferente,

que al fin te debí el primer

sustento; pero haz por ser...

BERNARDA

¿Qué?

ALFONSO

Menos impertinente.

BERNARDA

Lo haré.

ALFONSO

¿Cuál es el asunto

que a verme te determina?

BERNARDA

Esa boda repentina.

ALFONSO

¿Quién te dio parte?, pregunto.

BERNARDA

Respondo: si en una casa
se grita cuando se alterca,
y hay quien escuche de cerca,
se ha de saber lo que pasa.

ALFONSO

¿Cómo en tal negocio cabe
que tengas tú que mediar?

BERNARDA

Te voy a comunicar
un escrúpulo muy grave.
Si se entrara en religión
la Infanta, yo callaría,
pues un esposo elegía
que nunca fue reparón;
pero Ordoño es caballero
que mira (y yo se lo alabo)
mucho por su honor, y al cabo
la conciencia es lo primero.

ALFONSO

Por Dios, que me apurarás
la templanza antes que empieces.
Al caso.

BERNARDA

Si te enfureces
ahora, luego ¿qué harás?

ALFONSO

Sigue, Bernarda: adelante.

BERNARDA

Ten.

(Presentándole un espejo pequeño de plata.)

ALFONSO

¡En la mano me pones
un espejo!

BERNARDA

En tus facciones
¿hallas algo semejante
a las de Jimena?

ALFONSO

Absorto
me dejas. ¿Qué relación?...

BERNARDA

Será tu contestación,
echando por lo más corto,
que no.

ALFONSO

Pero ¿a qué te vales
hoy de tan extraordinarios
reparos?

BERNARDA

¿No son contrarios
también vuestros naturales?

ALFONSO

¡Contrarios! ¡Ay! ¡Ojalá
no lo fueran tan de lleno!
Pero, Bernarda, que peno
demasiado. ¿A dónde va
a parar esa prolija
cuestión con que me molestas,
que entre mil dudas opuestas
yo no sé lo que colija?

BERNARDA

A ofrecer un testimonio
de honradez, aunque yo pague
sola por dos, y naufrague
de Jimena el matrimonio.

ALFONSO

¿Naufragar? ¿Por qué?

BERNARDA

Faltó
hacer una diligencia.

ALFONSO

¿Cuál?

BERNARDA

Obtener la licencia
de su madre, que soy yo.

ALFONSO

¡Su madre! ¡Dios infinito!
¿Es cierto lo que escuché?
Dime que no me engañé.
¡Tú su madre!

BERNARDA

Lo repito.
Madre de Jimena soy.

ALFONSO

¡Cielos hasta aquí tiranos!
¿Con que no somos hermanos?
¡Qué misterio rompéis hoy!

BERNARDA

Muerta desgraciadamente
de la vida en el umbral
la hija del lecho real,
hallándose el Rey ausente,
quiso la Reina...

ALFONSO

Lo entiendo.
Quiso excusar el dolor
de mi padre, o su furor:
uno y otro era tremendo
en aquel carácter fuerte
incapaz de reprimir.
No tienes más que decir:
yo necesito creerte.
No es mi hermana: ¡si el cariño
fraternal tiene otros goces,
si lo está diciendo a voces
mi corazón desde niño!
Sal ya de mi pecho, sal,
secreto que yo temblaba
de averiguar, y hoy acaba
de mostrármese cabal;

sal, que ya la Providencia
de toda culpa te exime:
ya es puro mi amor, sublime
le hizo mi resistencia.
Parte, y a mi hermana di
(no es mi hermana, que es mi cielo,
mi bien, mi gloria) que el velo
que me cegaba rompí,
que ya no será de Ordoño,
que en vano se desconsuela,
que la sangre de Fruela
no ha de quedar sin retoño.
Pero no me satisface
que tú... (Hace que se va.)

BERNARDA
¿Vos amáis?...

ALFONSO
Sí a fe.
Siempre a mi Jimena amé:
la adoro quince años hace.

BERNARDA
¿De veras la amáis?

ALFONSO
Con loca
pasión: ¿no ves mi alegría?

BERNARDA
Eso es lo que yo quería
escuchar de vuestra boca.

ALFONSO
Bernarda, me dan celos...

BERNARDA
Niega ya, desalumbrado,
que a tu hermana has castigado
y al Conde, sólo por celos.

ALFONSO
La pasión me despeñaba
sin conocerlo yo mismo.

BERNARDA

Tu rigor en un abismo
de males hoy sepultaba
a dos, cuyo amor honesto
es digno de compasión.

ALFONSO

¿No lo es también mi afición?

BERNARDA

Rey, la tuya era un incesto.

ALFONSO

Mas ya sin crimen aspira
a que Jimena...

BERNARDA

No esperes
nada, no: su hermano eres.
Cuanto has oído, es mentira.

ALFONSO

¡Oh!

BERNARDA

Lo cierto es que poseo
tu secreto, y esta vez
no podrá vengarse juez
quien se ha confesado reo.

ALFONSO

Pues bien, mi furor se aquiete
con sangre de quien le atiza.

(Toma una espada, que hay con otras armas colgada del muro.)

BERNARDA

¡Infeliz! ¡A tu nodriza!

ALFONSO

¡Insensato de mí! -Vete.

(Soltando la espada y sentándose abatido.)

(Pausa. BERNARDA da algunos pasos para retirarse, y luego se para; el Rey vuelve la cabeza y manifiesta en su rostro su sentimiento: entonces BERNARDA se acerca a él.)

ALFONSO
¿No quieres obedecer?

BERNARDA
Señor, os oigo gemir.

ALFONSO
Quita.

BERNARDA
No me puedo ir,
no, que os veo padecer.

ALFONSO
Déjame.

BERNARDA
Aunque no me cuadre
tan excelsa dignidad,
llorad conmigo, llorad,
que no tenéis otra madre.
Forzoso ha sido que apele
al secreto que os amengua;
pero cortadme la lengua
si teméis que lo revele.
Vos solo y yo lo sabremos:
Jimena lo ignora todo,
y aun podéis hacer de modo
que vos y yo lo olvidemos.
De una pasión una hazaña
las consecuencias ataje...
Y pagadme el hospedaje
que hallasteis en mi cabaña.
Ofrecísteisme por Dios
una gracia; lo sabéis:
os pido que me otorguéis
mi perdón... y el de otros dos.

(Se arrodilla.)

ALFONSO
Alza, que no debe estar
a mis pies, ni un breve espacio,
la que tiene en mi palacio
derecho para mandar.

Que venga mi hermana.

BERNARDA

¡Ahora
sí que tenéis sangre mía!

(Corriendo hacia la puerta.)

¡Señora! -Me ahogaría
si no llorara. -¡Señora! (Vase.)

ALFONSO

¡Hola! -Afortunadamente
(Siéntase a la mesa y escribe con rapidez unas líneas.)
sé que no tuvo lugar
Silo para ejecutar
esa sentencia inclemente.

Escena IX

LUPO, ALFONSO.

ALFONSO

Volad: esa orden entregad a Silo.

(LUPO toma la orden y se va.)

Mandé que con la trompa me avisara
luego que la sentencia ejecutara;
no sonó la señal: estoy tranquilo.

Escena X

ORDOÑO, ALFONSO.

ORDOÑO

A vuestros pies la gratitud me guía...

ALFONSO

(Aparte.) ¡Cielos!

ORDOÑO

Os dejo al punto, sin embargo.
Sentencia bien distinta de la mía
el momento presente os hace amargo.
Dignaos de leer estos renglones
(Le da un pliego cerrado.)
que acabo de escribir con prisa grande:
conoceréis aquí mis intenciones,
y en casa espero que mi Rey me mande.

ALFONSO
Partid a vuestra casa en derechura,
y con ninguno habléis. (Vase ORDOÑO.)

Escena XI

ALFONSO, y luego SILO, dentro.

ALFONSO
Me da martirio
el ver esa sardónica medida.
¡Casarle con Jimena! Fue un delirio.

(Abre el pliego y lee.)

«El secreto de vuestro corazón no le ha sorprendido Bernarda, sino yo, que se lo he confiado a ella, por ser de los que humillan mucho revelados por un hombre. Si este secreto se divulgara, perderíais el concepto de todos los que admiran la pureza de vuestras costumbres: vuestros enemigos aprovecharían la noticia para completar vuestro descrédito, y os arrojarían del trono. He oído vuestra conversación con Bernarda, de quien no me quejo porque haya servido a su señora y no a mí; pero os aviso que el premio de mi silencio es la mano de Jimena.»

Primero el corazón sabré arrancarte.
(Se encamina a la puerta por donde salió ORDOÑO.)
La puerta me cerró. ¡Mísera treta!
(Va a la puerta del lado opuesto.)
¿Dónde de mi furor has de librarte,
infeliz?

(Ruido a la derecha de voces y armas, y al mismo tiempo tocan una trompeta.)

¡Cielos santo! ¡La trompeta!

VOCES

(Dentro.) ¡Arma! ¡Traición!

SILO

(Dentro.)

A él: ved que os engaña.

(ALFONSO toma una maza de armas; al mismo tiempo salen por la izquierda algunos pajes, que a una señal del Rey corren a echar abajo la puerta de la derecha.)

ALFONSO

Aquí...

SILO

(Dentro.)

¡Muera!

ALFONSO

Tened. -¡Piedad divina!

SILO

(Dentro.) No respetéis que es Conde.

ALFONSO

¡Le asesina!

(Fuerza la puerta de un golpe de maza.)

Ya abrí.

(Franca la puerta, va a la pieza inmediata; pero se detiene al oír la voz de SILO, que sale precipitado con la espada desnuda.)

SILO

(Saliendo.)

Traed al Conde de Saldaña.

Escena XII

SILO, ALFONSO.

ALFONSO

¿A quién esos crueles mercenarios
han muerto?, ¿a quién?

SILO

(A los pajes.) Salid. (Vanse los pajes.)

ALFONSO
Responde luego.

SILO
A ese Conde traidor de los notarios,
que a Lupo quiso arrebatarse el pliego.

ALFONSO
¿Detener el perdón Ordoño quiso?

SILO
Y ciego queda Sancho, si la Infanta
por un momento más no se adelanta,
dándome ya de la merced aviso.
Lupo la entrega del perdón resiste,
le hiere Ordoño, de prenderle trato,
lidia, tocan sin orden a rebato,
y el criminal expira.

ALFONSO
¿Ya no existe?

SILO
Mirad. (Señalándole la puerta.)

ALFONSO
¿Nada al morir ha descubierto?

SILO
Nombró a Sancho y a vos: «Erré el camino,»
dijo; después: «Merezco mi destino,»
y le faltó la voz al labio yerto.

Escena XIII y última

JIMENA, SANCHO y BERNARDA, por la izquierda; ALFONSO, SILO.

JIMENA
¡Hermano!...

SANCHO
¡Mi señor!...

JIMENA
Siempre esperaba...

BERNARDA

(A JIMENA.) Bien os decía yo.

SANCHO

Mientras respire

Sancho, vuestro será.

JIMENA

Seré tu esclava.

ALFONSO

Callad, o haréis que de vergüenza expire.

Oíd. Porque no hay crimen sin castigo,

porque os defiende el cielo soberano,

libres ambos estáis de un enemigo.

Ordoño ha muerto.

JIM., SAN. y BER.

¡Ordoño!

SILO

Por mi mano.

ALFONSO

(A SANCHO.) Acaso declarar vuestra inocencia

quiso, y en vano fue, ya moribundo:

justificado estáis en mi conciencia;

pero falta la prueba para el mundo.

Un escarmiento mi dosel reclama,

que haga a la rebelión temer su estrago:

sacrificadme, Conde, vuestra fama,

y la ventura vuestra os doy en pago.

Con un anuncio que sospechas borre,

se mostrarán de Ordoño los despojos;

de vos se contará que en una torre

gemís, privados de la luz los ojos.

De Jimena dirán que sin su amante

eligió en su dolor un monasterio;

huid en tanto, y en región distante

vivid cercados de feliz misterio.

JIMENA

¡Separarnos de ti!

ALFONSO

No es sin motivo.

SANCHO

¿Permitiréis un día que volvamos?

JIMENA

Nadie sabrá...

ALFONSO

Jamás: os lo prohíbo.

La vez postrera viéndonos estamos.

JIMENA

¿La vez postrera?

ALFONSO

Sí. Para tu dote

los bienes todos de mi padre cedo,

y a la noche en secreto un sacerdote

os unirá.

JIMENA

A tu vista.

ALFONSO

No, no puedo...

SANCHO

Señor...

ALFONSO

(A SANCHO.)

Si el cielo os concediere un hijo

que retrate a Jimena, de ése aguardo

que ser el padre me otorguéis.

BERNARDA

Yo exijo

que se le ponga el nombre de Bernardo.

ALFONSO

(A BERNARDA y SILO.) Adiós. -Vosotros seguiréis su suerte.

Mudad de nombre. Partiréis mañana;

(A los amantes.) Y nunca me verás, nunca he de verte.

(A JIMENA. Hace que se va.)

JIMENA

¿Te vas sin un abrazo de tu hermana?

(Vuelve ALFONSO, abraza a JIMENA y da la mano a SANCHO.)

ALFONSO

Adiós, hermana. Adiós. -Tú que mi pena

(Aparte a BERNARDA, separándose de SANCHO y la Infanta.)

sabes, si el cielo de mi vida el plazo

acorta en una lid, dile a Jimena

cuánto habré padecido en ese abrazo.

Apéndice

Los malaventurados amores de la infanta Doña Jimena y el Conde de Saldaña, de quienes nació, según el Arzobispo D. Rodrigo, el célebre Bernardo del Carpio, pasan hoy generalmente por una fábula, y aun se niega que haya existido ninguno de estos tres personajes, porque, a la verdad, ni los dos escritores de aquella época, Sebastiano y el Monje de Silos, ni aun el Obispo D. Pelayo en las adiciones que hizo al primero, dicen una palabra acerca de los padres ni del hijo, cuyas primeras noticias aparecen en dos escritores del siglo decimotercio. Éste no es inconveniente para el quepretenda introducirlos en un poema dramático, porque si tiene facultad el poeta para crear personajes de su invención y ponerlos al lado de los que realmente existieron, nadie podrá impedirle que al presentar en la escena una figura histórica, le coloque alrededor otras inventadas por los historiadores, y que han pasado como históricas también por espacio de muchos siglos. Sin embargo, aun en estos últimos tiempos hay escritor bien respetable que ha admitido la existencia de la Infanta y del Conde, negando sólo que dieran el ser a Bernardo: ponemos las palabras del autor a quien nos referimos, al frente de las otras autoridades que abajo se copian, para manifestar en qué fundamentos estriba la parte histórica del drama.

«Fruela... tuvo un hijo que reinó después con el nombre de Alonso el Casto, y una hija llamada Doña Jimena, tan célebre en las antiguas fábulas españolas por sus amores y casamiento clandestino con el Conde de Saldaña, y por las hazañas de su supuesto hijo Bernardo del Carpio.» -D. Alberto LISTA, Historia de España, tomo XXVI de la Universal.

«Alonso II, sucesor de Bermudo e hijo de Fruela I, empuñó el cetro en el día 14 de septiembre del año 791. No lo recibirían todos con igual gusto, pues, según refiere el Monje de Albelda, hubo gente rebelde y poderosa que al año siguiente (no diez años más tarde, como dice Rodrigo Jiménez) se atrevió a encerrarlo en un monasterio, de donde lo sacaron con noble denuedo algunos fieles vasallos, entre quienes se distinguió Teudan por su fidelidad y constancia.» -MASDEU, Historia crítica de España, tomo XII.

«Alonso, joven a la sazón (791) de veinticinco años, y educado en la escuela del infortunio, desplegó todas las virtudes necesarias en su situación. Manso y afable con los suyos, terrible contra los enemigos, intrépido en los combates, prudente en el consejo, no quiso reinar sino para el bien de los cristianos y engrandecimiento de la fe.

Teudio y otros señores principales, apenas supieron la maldad, le sacaron de su retiro y le restituyeron al trono. No son conocidos en la historia ni los nombres de los conspiradores, ni el objeto que se propusieron en su empresa, ni las resoluciones que tomaron después de haberla logrado, ni el castigo que se les dio.» -LISTA.

Como hubo razones para que Sebastiano callara un acontecimiento de tanto bulto, y el Silense, que lo menciona, guardara profundo silencio acerca de las personas que intervinieron en él y acerca de sus pormenores, ¿no pudo haberlas también para omitir la noticia del casamiento de Jimena y Sancho? ¿No pudo esta razón ser la misma? ¿No pudo el casamiento coincidir con la rebelión, y haber tenido parte en ella los dos amantes o el uno? Por lo menos es innegable que la pena de perder los ojos no se imponía por la legislación gótica sino a los reos de alta traición, a quienes el Rey perdonase la vida: el casamiento clandestino era castigado con mucha menos severidad. Véanse las leyes siguientes:

«Si alguno probare de matar al príncipe, o de le toler el regno, a cualquier que se le pruebe estas cosas o algunas de ellas, despois que fuere fallado, reciba muerte, e non sea dejado vevir: e si el príncipe por piadat le quisiere dejar vevir, nol' deje, que nol' saquen los ojos, porque tal non vea el mal que cobdizó facer, e que haya siempre amargosa vida e penada.» -Fuego Juzgo, lib. 2.º, tít. 1.º

«Si la moyer libre casar con ome libre, el marido dela debe fablar primeramente con sos padres; e si la podier haber por moyer, dé las arras a los padres así como es derecho; e se non la podier ovier, finque la moyer en poder de los padres; e si ela casar sen voluntad del padre o de la madre, e ellos non la quisieren recibir de gracia, ela nen los fijos non deben heredar en a buena de los padres, por que se casó sen voluntad delos; mas sel' quisieren dar alguna cosa los padres, bien lo poden facer.» -Ibid., lib. 3.º, tít. 2.º

«Si los hermanos tardan el casamiento de la hermana... por tal que la podan mejor casar, e ela (non catando so ondra) tomar marido de menor guisa que non debe, pierda todel derecho que debe haber de la bona de sos padres.» -Ibid., ibid.

Estas conjeturas serán de poquísima importancia miradas bajo el aspecto histórico; pero bajo el aspecto dramático no las creo sin interés, porque al aplicar la historia a la escena, casi vale tanto lo que pudo ser como lo que fue.

«El buen Rey D. Alfonso que vio al tirano (Mauregato) con tantas fuerzas que era imposible resistirle... salió de Asturias, y fuese a meter a Álava... Estuvo también huido y escondido en el monasterio de Samos... Parece como estuvo agora el Rey allí escondido,

por un privilegio que tienen los monjes... Dice en castellano: Estuvo despacio allí en Sámanos y en otro lugarejo llamado Subrego en la ribera del río Daura, y con los monjes mucho tiempo en el tiempo de su persecución.» -MORALES, Crónica general, tomo VII.

«El Arzobispo D. Rodrigo cuenta luego tras esto cómo se le rebelaron al Rey D. Alfonso algunos de los suyos con tiranía, y lo pusieron en tanto estrecho, que se hubo de retirar a un monasterio llamado Abeliense... -Tierra de Abelania... se llama aquélla de Samos; y hemos de entender que el Rey estuvo en Samos siendo niño, y en tiempo de Mauregato, y agora también. Así que estuvo tres veces.» -MORALES, *ibid.*

«Los gloriosos principios del reinado deste Príncipe tan señalado se amancillaron y oscurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en la casa real; y fue que su hermana, la Infanta Doña Jimena, olvidada del respeto que debía a su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sandía o Sancho, Conde de Saldaña, sin reparar hasta casarse con él... Acusáronle (al Conde) de traición y de haber cometido ofensa contra la majestad.» -MARIANA, tomo V de la edición de Sabau.

Masdeu observa que la simple falta de honestidad, cometida voluntariamente entre solteros ingenuos, ni se castigaba en tiempo de los godos, ni daba derecho a la doncella para pretender la mano del autor de su deshonor. Por la ley 5.^a del libro 3.^o título 4.^o del Fuero Juzgo, se permitía al padre, hermano o tío que sorprendiese en aquel delito dentro de la casa paterna a la hija, hermana o sobrina, matarla o hacer de ella lo que le pareciese; pero la calificación de adulterio que allí se da al crimen, y la disposición última de la ley 12 del mismo título, manifiestan que se trata de doncellas ya desposadas con otro que su corruptor. Las penas que señala la ley 11 del título anterior, comprenden a los que seducen solteras con engaño, por medios de tercería y faltando a lo que prometieron, o bien se casan por fraude con ellas y contra la voluntad de la contrayente. Nada de esto hubo en el casamiento de Sancho y Jimena, tal como se pinta el suceso; y así no es de creer del virtuoso Rey Alfonso II un rasgo de crueldad y tiranía tan escandaloso. Si existieron aquellos dos personajes; si fue cegado el Conde y encarcelado por vida, y la Infanta reclusa, otras circunstancias más graves debieron ocurrir en su culpa; y si ésta no fue más que un matrimonio clandestino, por ella no pudo imponérseles el castigo citado. En tal duda, el autor del drama, aprovechando la frase última de Mariana, conciliadora de ambos extremos, ha manejado el asunto del modo que favorecía más a los personajes, dejando la tradición a cubierto; pues reputado el hecho por fabuloso, no había motivo para guardar a la ficción el miramiento y consideraciones que ni aun se suelen guardar a los fueros de la historia.

«También algunas doncellas, sin salir de su casa paterna, se vestían de religiosas, profesando virginidad por toda su vida, y se llamaban, ya vírgenes sacras, y ya devotas, por corrupción de la palabra latina Deo votas, que equivale a consagradas a Dios. Cuando el Obispo las recibía en la iglesia a la profesión, no sólo las bendecía como a las viudas, pero también las cubría con un velo blanco, que habían de llevar siempre sobre la cabeza, como por testimonio glorioso de su virginidad.» -MASDEU, *Historia crítica de España*, tomo XI.

Romey copia a Masdeu este pasaje como otros muchos.

Conde de los notarios era, según Masdeu, cargo que entre los godos equivalía al de secretario de Estado; según Salazar, se daba este nombre a los notarios mayores, a los notarios principales. La autoridad de Masdeu es de más peso, y la idea que da más clara.

Tioda es el verdadero nombre del arquitecto de Alfonso el Casto: se ha invertido el orden de las dos primeras vocales por hacer su pronunciación más suave en el teatro. Alteraciones de esta especie eran comunes en los nombres de aquella época: Teudis, Teudio, Teuda, Teudas, Teudan, Teudo, Teudon y Teudonio son variantes de un nombre mismo, y acaso el Tioda lo sea también.

El personaje de Ordoño, amigo falso del Conde y enamorado de la Infanta, está ideado a semejanza del Conde don Rubio que introduce Cubillo en la conocidísima comedia titulada Primera parte del Conde de Saldaña, cuyos dos primeros actos se han tenido presentes al escribir este drama.